
2-A
LA GRAN AVENTURA
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
VAN S. SMITH

Van S. Smith

La gran aventura

Editorial Valenciana, 1962
Luchadores del espacio nº 211

Capítulo primero

Sesenta millas al oeste de la Florida, en el extremo de los grandes bancos de hielo, un oso polar se deslizó a las frías aguas del Golfo de Méjico y empezó a nadar hacia un flotante témpano, donde una familia de morsas se solazaba bajo los tibios rayos del sol de verano.

El astuto cazador estiró su cuello para observar a las morsas. Éstas seguían dormitando o jugando sobre un témpano, todavía ignorando al implacable enemigo que las acechaba desde el mar. El oso se zambulló, nadando rápidamente entre dos aguas.

De pronto, el animal se detuvo. Un extraño zumbido, jamás escuchado, llegó hasta sus oídos. No era ninguno de los ruidos producidos por los habitantes del mar, sino algo nuevo, totalmente desconocido para el cazador.

Presa de súbita alarma, en parte inspirado por un presentimiento, en parte por ese temor instintivo de todas las criaturas de Dios hacia lo sobrenatural, el oso se impulsó vigorosamente con sus remos sacando la cabeza fuera del agua.

Las morsas continuaban tranquilamente sobre el témpano de hielo, y, puesto que ellas parecían ignorar cualquier clase de peligro, el oso debió preguntarse si su pusilánime miedo estaba realmente justificado.

De pronto, un estremecimiento nervioso rizó la superficie del mar. A continuación, una tromba de agua saltó a gran altura hacia el celo, como impulsada por un trueno aterrador que emergía de las misteriosas profundidades marinas.

Su instinto, al fin y al cabo, no había engañado al oso. Lleno de terror, el oso blanco se puso a nadar cuan aprisa pudo Hacia el banco de hielo. La ola producida por aquel extraño fenómeno le alcanzó por la espalda y le sepultó en un caos espumajeante. Luego, el oso se vio de nuevo a flor de agua y más cerca de los témpanos, los cuales bailaban y entrechocaban entre sí con gran ruido.

Echando sus zarpas sobre el cortante filo de un gran témpano flotante, el oso volvió la cabeza y vio a las morsas que corrían asustadas a zambullirse en el mar. El oso, sin embargo, presintió que en este momento el elemento natural de las morsas estaba lejos de ofrecerles la seguridad que buscaban. Y su instinto no le engañó.

De nuevo, una segunda tromba de agua saltó al cielo a gran altura con aterrador ruido.

El oso gruñó mientras se encaramaba al témpano. Temblando se echó sobre el vientre y escondió la húmeda cabeza entre las manos. La ola que vino a continuación hizo cabecear y bailar al flotante témpano sobre el cual el animal había corrido a buscar refugio.

Luego sobrevino largo y profundo silencio.

El oso escudriñó la superficie del mar a su alrededor. Los cadáveres de varias morsas flotaban panza arriba sobre las aguas. Las demás habían desaparecido. El oso supo que las morsas estaban muertas, más aún, que minutos antes se sentía hambriento y tenia el propósito de capturar a alguna de ellas, no habría movido ahora una zarpa para pescar a una sola de las víctimas de aquel fenómeno marino.

El oso esperaba tendido sobre el hielo. Escudriñaba el mar.

Grandes burbujas de aire estallaron en la superficie del agua. Transcurrieron breves minutos, ciertas algas y otras plantas marinas aparecieron entre las aguas en mitad de una gran mancha aceitosa.

El oso pegó un respingo al advertir de pronto un gran triángulo plateado que, semejante a la aleta dorsal de un gigantesco tiburón, se acercaba partiendo el agua a medida que sobresalía más y más de ella.

Una extraña protuberancia emergió del agua, seguida de un gran lomo plateado. Y un monstruo espantoso, jamás visto hasta entonces por el animal que se agazapaba sobre el témpano flotante, abandonó de súbito el mar y quedó flotando inmóvil en el aire.

Un certero instinto dijo entonces al oso que el peligro que antes presintió en el mar se había apartado del líquido elemento para trasladarse al aire. El animal se arrastró sobre su vientre y con los mismos furtivos movimientos que antes había empleado para su expedición de caza, se deslizó al agua y se sumergió desapareciendo discretamente.

La furtiva zambullida del oso, sin embargo, fue advertida por el comandante Stone desde la cabina de su aeronave a través de la pantalla de televisión, pues la atención del oficial estaba fija sobre cualquier movimiento que se produjera entre los hielos o el agua, aunque no andaba buscando osos precisamente.

-Una mancha de aceite -dijo en los auriculares de Stone la voz del teniente Owen que ocupaba la pequeña cúpula acristalada del observatorio astronómico-. No cabe duda de que le acertamos.

-Veo algo flotando en el agua -dijo Peter.

-Sí, morsas. La explosión de nuestro torpedo debió sorprenderlas bajo el agua y las mató.

Peter se volvió hacia el capitán Forbes, el cual estaba a su derecha ocupando el sillón del copiloto ante los dobles mandos del aparato.

-Sostenga la máquina aquí, Jim. Quiero ver si sale algo a flote, además del aceite y todas esas algas.

-¿Tritones tal vez, comandante?

Peter Stone no contestó. Ligeramente inclinado hacia adelante escrutaba atentamente la superficie del mar a través de la pantalla de televisión. Esta pantalla, de forma alargada y sensiblemente curvada, recogía simultáneamente las imágenes de cuatro cámaras emplazadas en la proa de la aeronave, cada una de las cuales con un objetivo de 45 grados de abertura, daba una imagen que casaba con el cuadro inmediato, formando entre todas una panorámica de 180 grados que se curvaba por ambos lados de los pilotos.

Por este sistema, que era el mismo utilizado en las pantallas de cinerama, la sensación de relieve cobraba tal realismo que los pilotos tenían la impresión de tener, enfrente y a los lados, un largo y angosto ventanal abierto directamente al exterior.

-¿No tiene gracia? -continuó diciendo el capitán Forbes en vista del silencio de Stone-. Llevo un año cazando tritones en el aire y en el mar y nunca he llegado a ver ninguno de cerca.

-¿Sí? -contestó Stone distraídamente-. Pues ahora va a ver alguno de esos seres extraordinarios. Teniente Owen, ¿ve lo mismo que yo?

-Creo que acabo de ver algo... ¡sí! -exclamó la voz del navegador llena de excitación-. Hay algo verdoso que flota entre las algas... ¡Ahora lo he visto bien! No uno, sino dos... ¡Comandante, son tritones!

-¿Dónde están? -dijo Forbes estirando el cuello.

Stone señaló poniendo el dedo sobre determinado lugar de la pantalla.

-El viento nos está haciendo derivar -advirtió-. Ponga proa al viento y procure sostener la aeronave sobre ese punto. ¡Hammond, sargento Crestón, prepárense para recoger náufragos!

Peter Stone hizo saltar los pasadores de su cinturón de seguridad y abandonando su confortable sillón salió de la cabina.

Un pasillo angosto formado por mamparos de acero, sobre el que se abrían varias portezuelas, le condujo hasta una cabina amplia con una mesa larga y estrecha a cada lado y un diván que se corría a todo lo largo de las paredes. En el centro de la cabina, en el piso, se advertía una pesada escotilla del tipo de las utilizadas en los submarinos, la cual estaban abriendo el sargento Hammond y el sargento Crestón. Sobre la escotilla colgaba del techo una escalerilla metálica.

Al abrirse la escotilla, que tenía bandas de caucho y un manubrio a rosca para asegurar su hermeticidad, aparecieron debajo las verdosas aguas del mar a unos cuatro o cinco metros de profundidad.

-Traigan un bichero -ordenó Stone.

Uno de los suboficiales se dirigió hacia un armario lateral. Stone levantó la mano y alcanzó la escalerilla, tirando de ella hacia abajo.

La escalerilla se estiró saliendo de la ranura del techo, pasó por la

escotilla y colgó fuera de la aeronave. Un poco trabado de movimientos por su ajustado traje de presión, el comandante empezó a bajar por la escalerilla y pasó por la escotilla al exterior.

Flotando pesadamente a flor de agua divisó el cadáver de una morsa. Un poco más allá alcanzó a distinguir un cuerpo extraño de color verdoso cubierto de escamas.

-Denme el bichero.

El bichero pasó por la escotilla. Peter Stone lo empuñó y manejándolo con una sola mano, asido por la otra a la escalerilla, consiguió atrapar al monstruo clavando el garfio en la membrana que éste tenía entre el brazo y el costado.

-Sostengan el bichero y lárguenme una cuerda -dijo Stone a los dos hombres qué estaban arriba asomando por la escotilla.

Una garra repugnante salía del agua, formada por un robusto brazo escamoso y uña mano de curvadas uñas cuyos dedos quedaban unidos por una serie de membranas. Mientras los hombres sostenían el bichero desde arriba, Stone hizo un lazo corredizo que se cerró en torno al brazo del monstruo.

-Perfectamente, suelten ahora el bichero y cojan la cuerda.

Stone trepó por la escalerilla, regresando a la cabina. Tiró de la escalerilla, que desapareció por la ranura del techo y acudió junto a sus hombres para ayudarles a izar el extraordinario ser que colgaba de la cuerda.

Al ser sacado del agua, el tritón resultó ser extraordinariamente pesado. El teniente Owen llegó cuando, resoplando y tirando con todas sus fuerzas de la cuerda, los tres hombres habían conseguido que la garra del tritón asomara por la escotilla.

Robert Owen quedóse absorto mirando aquella enorme mano de palma amarillenta, con el dorso cubierto de pequeñas escamas, los dedos unidos por membranas, las uñas largas, afiladas y curvadas.

-¿Por qué se queda parado? -le gritó el comandante Stone-. ¡Ayude al menos, maldición!

-¿Qué debo hacer?

-¡Coja la mano del tritón!

Haciendo una mueca de repugnancia, el teniente se inclinó y tocó con el extremo de sus dedos la hercúlea muñeca del monstruo. El frío contacto de aquellas escamas óseas, viscosas y resbaladizas hizo estremecer a Owen de pies a cabeza.

-¡Vamos! ¿Qué hace? -gritó Stone. Owen aferró con más fuerza la muñeca del tritón y tiró hacia arriba. Stone soltó la cuerda, asió el brazo del monstruo y unió sus esfuerzos a los del teniente.

Los sargentos ayudaron y finalmente todo el macizo cuerpo del tritón

pasó por la escotilla y quedó tendido boca arriba en un pequeño charco de agua en el piso de la cabina, rodeado de los cuatro marinos que le contemplaban impresionados y mudos.

Era realmente un ser extraordinario. Alto, de dos metros y medio de estatura, robusto y conservando en su aspecto general las formas de una criatura humana. Tenía un tronco, dos piernas, dos brazos y una cabeza. Era un ser inteligente sin duda alguna, pero tan distinto del hombre de la Tierra como sólo podía serlo el habitante de otro planeta.

Y así era. El tritón, habitante de otro mundo, era un intruso en la Tierra. Su elemento natural era el mar, que en su planeta de origen cubría nueve décimas partes de la superficie total del globo, pero, como anfibio, podía vivir también fuera del agua respirando aire. Su horrible fealdad no tenía equivalente en la Tierra, pues comparado con un gorila, éste resultaba hermoso al lado de aquél.

Impresionados y absortos, los cuatro aviadores contemplaron aquella cara arrugada amarillo-verdosa, donde los grandes ojos de besugo miraban sin vida con la fijeza vidriosa de la muerte. Sus abiertas fauces mostraban una doble hilera de afilados dientes en forma de sierra. El monstruo, indudablemente, había muerto reventado por la onda de la explosión submarina de los torpedos, como las morsas.

De las fosas nasales y de las agallas que el tritón tenía a ambos lados detrás del maxilar inferior, salían hilillos de sangre. Tan extraña criatura estaba cubierta de escamas en los miembros y el lomo, pero el vientre era de un blanco parduzco semejante al de los caimanes.

-¿Y dicen que esto es un reptil? -murmuró el teniente Owen estremeciéndose.

-Sí, es un reptil -afirmó Peter examinando al monstruo con más curiosidad que repugnancia-. Es, además, anfibio y se reproduce por huevos.

-Y razona, inventa y construye máquinas como los hombres -dijo Owen.

El comandante sonrió.

-Las construyen mejores, incluso, que nosotros. En realidad, para ponernos a su altura, hemos tenido que copiar sus máquinas y combatirles con sus propios medios[1].

-Sí, lo cual resulta altamente humillante para nosotros -subrayó Owen haciendo una mueca.

-Hammond, bajé por la escalerilla y vea si puede localizar al otro tritón.

El sargento estiró la escalera y bajó por ella a través de la escotilla.

-No lo veo -informó desde abajo-. Ha debido perderse entre los témpanos.

-No importa, déjelo -dijo Stone asomando la cabeza-. Perdimos mucho

tiempo persiguiendo a ese condenado sumergible. Suba y vamonos.

Stone regresó a la cabina de los pilotos, donde el capitán Forbes volvió los ojos para mirarle con expresión interrogante.

-Ponga en marcha los motores y enderece el rumbo, Forbes. Regresamos a Fort Wort.

-¿Nos vamos sin buscar ese otro cadáver? -interrogó Forbes con extrañeza.

-Como trofeo ya tenemos el nuestro. ¿Para qué queremos más tritones muertos? Ya tenemos muchos. Los tenemos disecados rellenos de paja, embalsamados y hechos rodajas conservados en alcohol. Nuestros biólogos los han examinado a conciencia, pudiendo decirse que sabemos ahora tanto de su constitución como de la anatomía humana.

-Sí. Pero en cambio no sabemos nada de su pensamiento, y al cabo de dos años ignoramos todavía cómo están organizados, cómo viven, cuáles son sus obras ni qué opinan de nosotros.

-Eso es cierto -dijo Stone tomando asiento-. Nunca capturamos un tritón vivo. Hasta ahora los hemos cazado sistemáticamente, persiguiendo sus aeronaves sumergibles por todos los mares del globo, acosándoles y obligándoles a salir a la superficie despanzurrados por nuestros torpedos. Les hemos destruido más de un centenar de aves y recogimos en el mar más de sesenta cadáveres, pero nunca tuvimos la sorpresa de capturar a uno solo de esos bichos con vida, aunque nuestro Estado Mayor habría cambiado con gusto todos los tritones que rescatamos muertos por uno solo vivo.

Stone guardó pensativo silencio mientras Forbes ponía en marcha los motores y hacía elevar la ictionave[2]. Luego, como siguiendo en voz alta el curso de sus pensamientos, murmuró entre dientes:

-Pero pronto vamos a tener esa oportunidad tan deseada. Dentro de poco veremos a los tritones en su propia salsa. Tal vez lo que averigüemos de ellos decida el futuro del mundo, ¿quién sabe?

Forbes había echado adelante las palancas y los ocho motores de la ictionave, impulsando cada uno una hélice, zumbaban empujando la máquina hacia adelante. La aeronave, en forma de huso con un alto timón y dos aletas estabilizadoras en la cola, flotaba en el aire a semejanza de un globo hinchado de gas.

A una velocidad de crucero de 500 kilómetros a la hora, la aeronave sobrevoló los extensos bancos de hielo y alcanzó la tierra firme del continente americano.

En nada cambió, sin embargo, el paisaje. En todo cuanto alcanzaba la vista, la tierra aparecía cubierta por una gruesa capa de hielo barrida por los fríos vientos del Norte. Aquí estuvo antes la fértil tierra de Texas. Stone, que era tejano, todavía podía recordar el antiguo aspecto del gran estado de

la estrella solitaria. No hacía mucho tiempo, después de todo, cuando las auras primaverales todavía hacían ondular un dilatado mar de espigas, y los grandes rebaños de ganado «Hereford» pastaban en las extensas llanuras bajo la vigilancia de aquellos jinetes de leyenda llamados *cow-boys*.

Dos años nada más separaban estas dos visiones tan distintas una de otra. Entre ambas mediaba el recuerdo de grandes extensiones de tierra inundadas por las aguas del mar, una visión de catastróficos terremotos demoliendo las ciudades y una nación aterrorizada huyendo de las inundaciones hacia las montañas. Luego, la ruina total.

La Tierra, al paso de un planeta intruso, volteando como una gigantesca pera en el espacio, el equilibrio del globo trastornado y los polos cambiando de lugar.

Ahora el Polo Norte estaba en América del Norte, el Polo Sur en los antípodas al sur del Océano Indico. El clima experimentaba un brusco cambio en todo el planeta y, mientras los hielos polares cubrían el territorio de los Estados Unidos, la Siberia se convertía en un país de clima templado, África pasaba a tener un clima bastante frío y el Ecuador se desplazaba de lugar, transformando el Sahara en un país tropical con abundancia de humedad y de lluvias.

Para una parte del planeta, aquel desplazamiento de los casquetes polares resultaba una bendición. Para los norteamericanos, aquello significaba la ruina.

La nación más rica y poderosa de la Tierra, pasaba bruscamente de la opulencia a la más patética miseria. A la ruina de las inundaciones y los terremotos seguía la invasión de los hielos y para esta última calamidad no existía remedio posible.

Ninguna fuerza humana era capaz de mover al mundo para que éste volviera a la posición anterior y se restableciera el orden de las cosas.

Por esta razón los norteamericanos miraban con odio al planeta que originó esta catástrofe. Ni el planeta Dimón ni sus extraños habitantes, los tritones, tenían la culpa de lo ocurrido. El azar que arrancó a Dimón de alguna lejana galaxia[3] y lo empujó, tras un viaje de miles de años, hasta el sistema solar de la Tierra, debió ser tan ingrato para los mismos tritones como para los norteamericanos que vieron arruinada su patria y amenazado de muerte su futuro.

Un hecho cierto era que Dimón, después de irrumpir violentamente en el Reino del Sol, quedaba prisionero de la fuerza de atracción del astro y había pasado a convertirse en el décimo planeta del orbe conocido, girando en una órbita que quedaba entre la Tierra y Marte, a sólo 20 millones de kilómetros de los terrícolas, que le contemplaban amedrentados.

A dos años y meses de la aparición de Dimón, el misterioso planeta completa la primera vuelta en su nueva órbita y alcanzaba el punto de su

máxima proximidad a la Tierra.

Lo que harían los tritones aprovechando este acercamiento de los dos planetas y lo que harían los norteamericanos, era todavía un enigma para el resto del mundo. La Tierra había aprovechado bien estos dos años de tregua para armarse hasta los dientes en espera de la temida invasión de los tritones.

¿Qué había hecho, mientras tanto, la nación americana?

Capítulo II

La voz del teniente navegador sonó en el altavoz por encima de la gran pantalla panorámica de televisión de la cámara de derrota:

-¡Fort Wort en el horizonte!

Peter Stone rebulló en su asiento. Alto, rubio, de ojos claros y rasgos acusados, como tallados a cincel, era la clase de tipo que uno podía imaginarse sin esfuerzo calzando degolladas botas tejanas con grandes espuelas, vistiendo zahones de áspero cuero y montando en un caballo bronco a la zaga de una manada de vacas.

Esta imagen de Stone no se apartaba mucho de la realidad. Stone había nacido en un rancho al oeste del Pecos, hijo de un acaudalado propietario de varios pozos petrolíferos que también criaba ganado por tradición familiar.

Hasta los 18 años, en que ingresó en la Academia Naval de Annapolis, Peter había alternado sus estudios con largas temporadas en el campo, donde gustaba de montar a caballo, presumir de sombrero Stetson y manejar diestramente el lazo cabalgando detrás de las vacas de su padre. Luego, Peter había dispuesto de poco tiempo para seguir practicando esta afición.

A los 24 años, con el grado de subteniente, Peter Stone pasaba a la Aviación Naval. Ahora tenía 34 años, era comandante y seguía soltero. Había perdido su fortuna. El frío mató su ganado, el hielo cubrió las tierras de pastos, los terremotos destruyeron sus pozos petrolíferos, que ya no volvieron a entrar en producción.

No se quejaba. Millones de norteamericanos se encontraban actualmente en situación mucho peor. Al menos, a él no le faltaba un techo donde cobijarse. No pasaba frío y hacía tres comidas al día. Allí mismo, en aquella ciudad de barracas que reemplazaba a la antigua Fort Wort, quince millones de norteamericanos se hacinaban alrededor de las estufas de petróleo, vestían como podían y tenían que formar cada día largas colas ante los calderos de la Intendencia Militar, soportando el crudo clima a la intemperie para conseguir un plato de sopa caliente.

A dos mil kilómetros del Polo, ahora ubicado en los Grandes Lagos, el clima de Texas era el único soportable del extenso territorio de la Unión. Por esta razón un 80 por ciento de la población total de los Estados Unidos se había trasladado al sur, amontonándose alrededor de las poblaciones tejanas.

En los estados del Este y el Centro Oeste, la poderosa industria norteamericana seguía trabajando bajo las más duras condiciones climatológicas, a un tren desenfrenado, sin concederse un minuto de descanso.

¿Cuáles eran los productos elaborados por esta industria pesada? Norteamérica había dejado de construir automóviles. Tampoco levantaba rascacielos, ni exportaba locomotoras, ni botaba buques en sus atareados astilleros. ¿Qué era lo que se construía allí?

Peter Stone tenía la respuesta a esta pregunta allí, ante sus ojos. Su aeronave volaba sobre la Base Aérea unificada de la Marina y las Fuerzas Aéreas. Y lo que ahora veía eran interminables hileras de aparatos cuidadosamente alineados en el suelo. Aeronaves, ésta era la respuesta. Aeronaves o ictionaves como la que el propio Stone tripulaba en este momento. Esta era la respuesta. Norteamérica hacía un formidable esfuerzo preparando la mayor fuerza aérea jamás conocida en el mundo.

-¡Caramba! -exclamó el capitán Forbes sorprendido-. Cuando estuvimos aquí hace quince días no había ni la mitad de aparatos que veo ahora.

-Yo cuento, por encima, más de mil -dijo la voz excitada del teniente Owen por el tornavoz-. Si los tritones intentan invadirnos aprovechando la mayor proximidad de su planeta, les vamos a dar el gran meneo. ¿Se acuerdan de lo que vimos en la Base Naval de Parris Island la semana pasada? También allí había arriba de un millar de ictionaves concentradas.

-Y en Pensacola, hace un par de días -agregó Forbes-. Nunca había visto tantos aparatos amontonados en el suelo, tocándose los unos con los costados de los otros.

-Sí, estarnos preparando la mayor fuerza aérea del mundo -dijo el teniente Owen por el teléfono-. ¿Y todo para qué? ¿Vale la pena el esfuerzo que estamos realizando para lo poco que nos queda por defender? ¿De qué va a servirnos rechazar la invasión de los tritones, si luego vamos a morirnos de hambre y de frío? ¿No sería más provechoso emplear este esfuerzo en la construcción de refugios especiales para el frío, o fabricando alimentos sintéticos, o produciendo artículos manufacturados de fácil venta en el extranjero para asegurar nuestras importaciones de productos agrícolas?

-Seguramente lo primero y más importante es rechazar a los invasores -dijo Peter, aunque en ciertos momentos dudaba del buen sentido de los hombres que regían los destinos de la nación norteamericana-. Pensamos que si los tritones invadieran nuestro planeta, en ese caso no nos servirían para nada las cosas que construyésemos o fabricásemos inhibiéndonos del problema principal. Y ahora cállense mientras pido permiso para aterrizar.

La torre de vuelos concedió inmediatamente el permiso solicitado.

Peter tomó los mandos para llevar su aeronave hasta un rincón del gran rectángulo que quedaba libre de aparatos en el centro de la base.

Descendiendo verticalmente sobre el lugar escogido, la ictionave desplegó su robusto tren de aterrizaje y fue a posarse suavemente sobre el hielo. La helada costra crujió y, por efectos del peso del aparato, las ruedas se hundieron profundamente en el hielo.

Para el observador no versado en la técnica de estos nuevos aparatos, el fenómeno hubiera resultado inexplicable. En el aire, la aeronave flotaba con la ligereza de una pluma, pero apenas tocaba el suelo se volvía enormemente pesada, al extremo de hundirse en la costra helada que, en cambio, soportaba el paso de camiones de diez toneladas. ¿Por qué?

Los técnicos aeronáuticos se habían hecho esta misma pregunte la primera vez que vieron una aeronave tritona evolucionar en el aire. ¿Qué fuerza misteriosa sostenía a los pesados aparatos, sin alas ni rotores, y por descontado sin la intervención de ningún gas más ligero que el aire?

La primera aeronave tritona capturada, derribada sobre el lago Tahoe, sacada a flote y estudiada por los técnicos norteamericanos, vino a dar la respuesta a esta inquietante pregunta. Un campo de fuerza antimagnético era lo que sostenía estas aeronaves en el aire. Algo sencillo de describir, aunque sumamente complejo para ser entendido a primera vista.

Al parecer, una potente corriente eléctrica, que a bordo de las aeronaves tritonas era generada por una pila atómica, circulaba por un circuito originando un campo de fuerza de signo contrario al campo de atracción terrestre. Lo que ocurría al establecerse la corriente a través de este circuito era, sencillamente, que la tierra repelía a la máquina alejándola de sí.

La idea no era nueva, sino que había ocupado a muchos hombres de ciencia que, por espacio de muchos arlos, trabajaron en el problema sin hallarle solución.

La solución, ofrecida gratuitamente por las naves que estaban llegando a la Tierra desde el planeta Dimón, fue rápidamente comprendida por los científicos terrestres. Los Estados Unidos se apropiaron inmediatamente el invento, proyectando la construcción de un tipo de aeronave verdaderamente revolucionario: la «ictionave».

Poco antes de la aparición de Dimón en el cielo de la Tierra, los Estados Unidos acababan de poner en servicio los primeros aviones impulsados por la energía atómica, los cuales podían volar a alturas considerables durante muchos meses sin necesidad de repostar combustible.

En los aviones atómicos, una pila atómica generaba directamente electricidad, la cual a su vez movía los motores eléctricos a los que iban acopladas las hélices que impulsaban al aparato.

También en las ictionaves la energía eléctrica movía las hélices que

impulsaban al aparato lo mismo en el aire que en el agua, bajo el mar. Hasta aquí, pues, una ictionave no se diferenciaba mucho de un aeroplano atómico, excepto por el hecho de que la ictionave carecía de alas sustentadoras, mientras que el avión no podía prescindir de ellas.

La diferencia en el fondo era muy otra.

A 60.000 metros de altura, el aire estaba tan enrarecido que incluso un avión atómico empezaba a encontrar débil resistencia contra sus planos sustentadores. El avión atómico podía volar allí donde, por falta de oxígeno, no podrían hacerlo los aviones a reacción, pero, al fin y al cabo precisaba encontrar aire de alguna clase para volar.

La ictionave, por el contrario, podía prescindir del oxígeno y también de los gases más ligeros que todavía existían a gran altura, más allá de donde faltaba el oxígeno. Teóricamente, al menos, el techo de la ictionave llegaba hasta los límites del campo de atracción terrestre, a centenares de miles de kilómetros de la Tierra. Elevándose sin esfuerzo y constantemente, una ictionave podía llegar a siete u ocho mil kilómetros de altura y, desde allí, con el impulso de un motor cohete de modestia potencia, abandonar el campo de gravitación terrestre alejándose en dirección a la Luna, a Marte o a cualquier otro planeta.

Así, pues, la ictionave era, en realidad, una nave espacial, algo tan nuevo, tan sencillo y revolucionario que dejaba arrinconadas por arcaicas y absurdas todas las demás naves del espacio que a un gasto de centenares de millones de dólares, consumiendo enormes cantidades de combustible y con ensordecedor ruido, se habían utilizado hasta entonces para ensayar los primeros vuelos orbitales y llevar a unos cuantos astronautas hasta la Luna y alrededor de Marte.

Esta era la nueva arma de los Estados Unidos.

* * *

Al detenerse el camión-oruga y saltar al suelo ante los barracones de las oficinas, Peter Stone levantó sus sorprendidos ojos hacia un cartel en el que podía leerse:

«FUERZAS SIDERALES DE LOS ESTADOS UNIDOS. SEGUNDA DIVISIÓN. CUARTEL GENERAL».

Stone se volvió hacia el oficial del Servicio de Información que había salido a recibirle.

-¿Qué significa esto?

-¿Se refiere a ese cartel? -dijo el oficial sonriendo-. Sí, las fuerzas han sido reagrupadas de nuevo en divisiones. La Armada y las Fuerzas Aéreas se han unificado bajo un solo mando y hemos cambiado de designación. Ya no hay Marina ni Aviación, sino Fuerzas Siderales. Aviadores y marinos somos «cosmonautas», pero por una concesión nostálgica al recuerdo de

los barcos de guerra que estamos retirando para chatarra, a los aparatos se les llama «buques».

-Fuerzas Siderales -murmuró Stone entre dientes. Afirmó con la cabeza-. Me gusta. El nombre da a nuestras fuerzas una sensación de amplitud, como de poder ilimitado.

Junto a la puerta del pabellón central, un soldado montaba guardia envuelto en su grueso abrigo, bajo un haz de rayos infrarrojos. El termómetro marcaba 20 grados bajo cero en el exterior, pero al entrar en el barracón, Stone se sintió envuelto en una ola de calor tibio.

La energía atómica, solía decirse, había salvado al pueblo americano del colapso total y de la muerte por frío. No menos de seis centrales atómicas, alrededor de la ciudad, producían a un bajo costo toda la fuerza eléctrica que quince millones de refugiados consumían para calentar sus humildes habitaciones y alumbrar sus largas noches invernales de seis meses de duración.

En el pabellón donde Stone entró las estufas eléctricas estaban distribuidas con prodigalidad en todos los corredores y departamentos. El personal allí empleado vestía simples suéteres de lana, pero la prenda de esta clase que más gustó a Peter fue la que servía de ajustada funda al hermoso busto de una muchacha de tez pálida y oscuros cabellos, que en aquel momento cruzaba el corredor.

-Ustedes no se privan de nada -comentó Peter con una sonrisa dirigida al oficial que le acompañaba-. ¿La utilizan como pisapapeles decorativo?

El oficial, desgraciadamente, no alcanzó a comprender el ingenio de la frase de Stone. Un capitán de navío salió de una de las oficinas y se detuvo al ver llegar a Peter.

-Hola, Stone. Me dijeron que acababas de llegar con un trofeo de guerra. ¿Dónde está el bicho?

-Muerto, ahí afuera en un camión.

-Ven por aquí. Redactaremos el informe en este despacho.

Peter siguió al comandante Nowlan hasta una oficina casi ocupada en su totalidad por una larga mesa y un par de bancos, en los cuales Nowlan y Peter tomaron asiento.

Contestando al interrogatorio, Stone informó de la tenaz persecución que durante 18 horas hizo objeto al sumergible tritón, hasta que éste quedó destruido por los torpedos robots de la ictionave americana en el extremo de los bancos de hielo, sesenta millas al Oeste de la península de Florida.

-Buen trabajo, Stone -dijo el comandante Nowlan cerrando su carpeta-. El cadáver no va a servirnos de gran cosa, ya tenemos muchos. Lo importante es que haya un sumergible menos merodeando nuestras costas. ¿No avistasteis ninguna otra máquina enemiga antes o después de destruir ese submarino?

-No. ¿Porqué?

-Los diversos partes que estamos recibiendo de nuestras patrullas parecen señalar un incremento de la actividad de las aeronaves del enemigo. Creíamos haberlas destruido casi todas, pero evidentemente no era así. Esas aeronaves han permanecido escondidas en el fondo del mar durante meses y, ahora, como si presintiesen la proximidad de Dimón, comienzan a salir de sus escondrijos y a dar señales de vida.

-¿Crees que realmente pueden presentir la proximidad de su planeta?

-Yo creo más bien que están recibiendo órdenes por radio desde su planeta... órdenes concretas sobre alguna misión que bien pudiera ser la de informar sobre nuestros preparativos bélicos.

-¿Entonces, esto puede ser el anuncio de una próxima invasión?

-Dentro de veinte días, Dimón llegará a su punto de máxima proximidad a la Tierra. Si algo ha de ocurrir, tendrá que ser necesariamente dentro del plazo de las tres semanas próximas.

-Les dispensaremos un caluroso recibimiento -dijo Stone con; vencido. Nowlan guardó silencio y Peter preguntó-: ¿No es así?

Nowlan vaciló antes de decidirse a hablar.

-Peter, voy a confiarte un secreto, el cual por su naturaleza habrás de comprometerte a guardar.

-¿Un secreto? -murmuró Peter sintiéndose intranquilo.

-Nosotros no estaremos aquí esperando a los tritones cuando éstos vengan a invadirnos. Bueno, quiero decir... que no nos quedaremos todos. Los Estados Unidos han reunido la mayor fuerza sideral conocida en el orbe. Durante dos años hemos estado fabricando naves espaciales a un ritmo acelerado... sacrificando otras necesidades en aras del logro de una potencia bélica sin precedentes en la Historia. Para expresar gráficamente la situación, los norteamericanos hemos puesto todos los huevos en una cesta, lo cual quiere decir que nos estamos jugando el todo por el todo a una sola carta.

-¡Caramba, Jack! -exclamó Stone-. ¿Sabes que me tienes sobre ascuas? ¿Cuáles son en realidad nuestros planes? Siempre creí que estábamos creando esta formidable fuerza sideral para rechazar a los tritones si éstos intentaban invadirnos.

-Sí, aunque no solamente para eso. En realidad hemos creado una formidable fuerza de ataque para llevarla a la conquista de ese planeta llamado Dimón. Esa es la gran empresa en la que se ha embarcado el pueblo americano.

-¡Jack! -exclamó Stone atónito-. ¿Quiere eso decir que vamos a atacar a los tritones, aunque ellos no nos ataquen y a invadirles aunque ellos jamás pretendieran invadirnos?

-Bueno, si ellos no atacan... es que no abrigan intenciones hostiles

respecto a nosotros, en cuyo caso serán buenas gente a quienes no les importará que ocupemos las tierras de su planeta que ellos no utilizan.

-Nowlan, esa idea es absurda. Los tritones pueden desear vivir en paz con nosotros y en cambio oponerse a que nos establezcamos en su mundo. Durante siglos, los norteamericanos hemos tenido en este continente grandes extensiones de terreno fértil sin cultivar, mientras en el resto del mundo muchos millones de hombres padecían hambre y no poseían un metro de tierra donde sembrar un grano de maíz. Por el mismo derecho que nosotros pretendemos arrogarnos, esa gente debería haber tenido libre acceso a nuestras tierras, puesto que estaban aquí y nadie las explotaba. ¿Hubiéramos nosotros permitido eso?

Nowlan dijo enojado:

-Peter, eres un buen muchacho, pero nada me fastidia tanto como tu afición a la polémica por la más pequeña cosa.

-Esta no es una pequeña cosa -observó Stone.

-Claro que no lo es. La vida y el futuro de doscientos millones, de norteamericanos dependen del éxito o el fracaso de esta aventura. Te expondré un ejemplo para que comprendas mejor nuestro punto de vista. Tú eres propietario de un auto y lo vas guiando poruña carretera, con prudencia y observando todas las leyes del tráfico, pero he aquí que inesperadamente sufres una rotura en el sistema directriz, tu auto pierde la dirección y se va contra otro auto causando la muerte de todos los ocupantes de aquel coche. ¿Es tuya la culpa si matas a cuatro o cinco personas que iban tranquilamente por su derecha sin meterse contigo?

-Verdaderamente, no sé a donde quieres ir a parar...

-Suponte que un juez, a la vista de los informes técnicos que demuestran tu inocencia en el accidente, te condena al pago de una fuerte indemnización a los familiares de sus víctimas. ¿Estimarías que esa decisión era justa, o injusta?

-Por lo general, no se imponen multas a los vehículos -repuso Peter irónicamente-. Lo corriente en estos casos es que los dueños del vehículo paguen los estropicios de éste.

-Perfectamente! -exclamó Nowlan con acento triunfal-. Apliquemos el ejemplo a los tritones. Ellos no son personalmente responsables del azar que condujo a su mundo a pasar tan cerca de la Tierra. Como tú, en el caso del accidente de automóvil, ellos son simples viajeros sobre un mundo que marcha a la deriva. Pero ha habido víctimas: nosotros, los norteamericanos. La incursión de Dimón provocó un vuelco de nuestro planeta, haciendo que se desplazaran los polos y que uno de estos polos viniera a caer sobre nuestro país. Como consecuencia de ese accidente, queda en pie un problema. Este pueblo, expulsado de su patria por las inclemencias del clima, necesite vivir. ¿Deberemos acogernos a la piedad de los africanos

pidiéndoles que nos dejen ocupar el ahora fértil Sahara, o acudir a los rusos para que nos dejen establecernos en su ahora cálida Siberia? ¿O no será más justo que pidamos a los tritones que nos cedan la tierra continental que ellos no ocupan? ¿O debemos cruzarnos resignadamente de brazos y dejarnos morir de inanición y de frío en este inhóspito Polo Norte?

Peter Stone reflexionó largamente en silencio.

-Indudablemente, el pueblo norteamericano tiene derecho a la vida -dijo finalmente.

-Sí. Y los tritones están en la obligación jurídica y moral de indemnizarnos por el daño que nos causaron -añadió Nowlan secamente.

-Lo que yo me pregunto, es si no deberíamos proceder como gente civilizada, acudiendo a los tritones con nuestras reclamaciones antes de tomar una decisión que puede conducirnos a una guerra calamitosa.

-Eso estaría muy bien... si hubiera un medio de poder entendernos con ellos.

-Debe haber algún medio.

-No por ahora. Y nuestro problema es de los que no admiten espera. Pero vamos a enviar una comisión a Dimón, mitad científica, mitad embajadora, para que intente establecer un contacto con los habitantes de Dimón al propio tiempo que estudia las condiciones de vida de aquel mundo. A quince días fecha de la salida de esa expedición, el grueso de nuestra Armada Sideral se pondrá en marcha llevando nuestro ejército de invasión... y luego será lo que Dios quiera.

El comandante Nowlan se puso en pie, como significando que daba por concluida la conversación. Peter recogió sus guantes y su abrigo siguiéndole fuera de la oficina.

Aquella muchacha alta de pelo oscuro, a la que tan bien sentaba el suéter blanco, venía por el pasillo y se detuvo esperando a que los oficiales le hicieran paso. Los grandes y negros ojos de la chica se clavaron por un instante en la cara de Stone. Luego, ella sonrió a Nowlan y se alejó por el pasillo desapareciendo en una de las oficinas.

-¿Quién es ella? -preguntó Peter interesado.

-¿Te refieres a la señorita Hogan?

-¿Se llama así?

-Es la ayudante del profesor Renne, profesora a su vez en Biología e Historia Natural. Renne es uno de los científicos que formarán parte de la expedición exploradora.

-¿Ella, la señorita Hogan, forma también parte de la expedición?

-Es posible, ¿por qué?

-¿Vais a permitir que una mujer tome parte en una misión de tanto riesgo?

-El riesgo que la señorita Hogan corra tomando parte en esa expedición,

no será probablemente mayor del que pudiera correr permaneciendo, en este campamento si los tritones nos atacasen. Toda la nación está en grave riesgo. ¿Quién piensa en si es un hombre o una mujer el que se arriesga más o menos?

-Jack -dijo Stone de pronto inspirado por el momento-. Si eso fuera posible y tú puedes hacer algo, también me gustaría tomar parte en esa expedición.

-Lo tendré en cuenta.

Peter se despidió de su amigo abandonando el pabellón.

En Fort Wort el personal de la Base Aérea luchaba con idéntico problema que la población civil respecto al alojamiento. Más de mil aeronaves se hallaban concentradas en Fort Wort, totalizando una tripulación de más de 15.000 hombres.

Las tripulaciones, por lo tanto, se alojaban en sus buques y algo salían ganando con ello, por ser éste más confortable y seguro que los débiles y mal acondicionados barracones de madera que formaban aquel campamento provisional.

La conversación que tuvo con el comandante Nowlan había impresionado hondamente a Peter, el cual meditó largamente en el asunto en la confinación obligatoria de su aeronave.

Doce horas después de su llegada a la Base, llegaba un trineo automóvil en busca de Peter. Llevado a las oficinas del cuartel general divisionario, Peter fue introducido en el despacho del oficial de destinos, el cual dijo sin mirarle.

-Su nuevo buque es el crucero «S» mil cuatrocientos noventa y dos, cuyo mando deberá tomar en el plazo de cuatro horas. El comandante Langford le transferirá el mando a la presentación de esta orden.

Una hoja de papel voló sobre la mesa hasta las manos de Peter Stone. El oficial continuó:

-Tiene permiso para efectuar en la tripulación los cambios que considere oportunos.

-¿Quiere decir que puedo llevar mi propia tripulación a bordo ae la nueva unidad?

-Su buque deberá estar preparado para zarpar dentro de veinticuatro horas, disponiendo alojamiento para el almirante Sanders, que mandará la expedición, así como para una mujer y cuatro personas civiles, de forma que todos disfruten de las máximas comodidades a bordo.

-¿Entonces, mi buque tomará parte en la expedición científica?

Aquel oficial no parecía gozar de muy buen humor, así que Peter se apresuró a guardar la orden en el bolsillo de su chaqueta, disponiéndose a abandonar el despacho.

-Aguarde -dijo desabridamente el oficial-. Aquí hay algo más para

usted.

Una segunda hoja de papel voló sobre la mesa. Stone la cogió y leyó el membrete.

-¿Qué es esto? -preguntó.

-La orden por la cual se le asciende al grado de capitán de fragata. De otro modo, ¿cómo se le iba a dar el mando de un crucero?

Stone miró boquiabierto al oficial.

-Eso es todo -gruñó el oficial-. Enhorabuena y adiós.

Stone salió del despacho andando con la rigidez de un autómata. Tan absorto iba que fue a estrellarse contra un suéter blanco que cruzaba por el pasillo. Los hermosos ojos de la señorita se clavaron enojados en la cara del cosmonauta.

-Perdón -balbuceó Peter-. Parece que estamos destinados a tropezamos en este pasillo. Me llamo Stone.

-Si se aparta usted a un lado, señor Stone, tal vez pueda llegar hasta la mesa donde tengo mis ocupaciones.

-¿Pero tiene usted ocupaciones? ¡Como siempre me la encuentro en el pasillo!...

La joven se alejó soltando un bufido.

-¡Hola, Casanova!

Peter Stone se volvió encontrándose ante la cara sonriente de Nowlan que acababa de aparecer en la puerta de uno de los despachos.

-Hola -dijo Stone-. No te burles. De sobra sabes que nunca fui muy afortunado con las mujeres. ¿Crees que se marchó enfadada?

-Miss Hogan es, en estos momentos, una de las mujeres más ocupadas del mundo. No estuvo bien ponerlo en duda.

-Lo siento.

-¡Bah! Te sobrarán ocasiones para disculparte ante ella. Si no estoy mal informado, vais a emprender juntos un largo viaje.

-Tú debes saberlo tan bien como yo. No puedo creer que se deba solamente a la suerte que me hayan confiado el mando de un crucero sideral.

-Probablemente, tu suerte está en ser amigo de un oficial que a su vez es sobrino de un almirante -repuso Nowlan riendo.

-¿Te debo también el ascenso?

-No -opuso Nowlan poniéndose súbitamente grave-. En cuanto al ascenso lo tenías merecido. Mi más cordial enhorabuena.

-Gracias -murmuró Peter correspondiendo al fuerte apretón de mano de Nowlan.

Poco después, Stone abandonaba el pabellón y, envuelto en su grueso abrigo, marchaba a pie de regreso a su ictionave. De nuevo repasaba mentalmente su conversación con Jack Nowlan, y, al hacerlo, sentía su

corazón oprimido por la angustia, estremecido de pavor ante la magnitud de la gran aventura en que se lanzaba la nación entera y por el incierto resultado de ésta.

Capítulo III

La experiencia de Peter Stone en materia de vuelos interplanetarios no llegaba mucho más allá de la prescrita para la obtención del título de piloto cosmonauta; un viaje de ida y vuelta con alunizaje en la Luna, media docena de vuelos orbitales y una profunda penetración en el vacío cósmico para regresar después a la Tierra.

Debido a esta falta de seguridad en sí mismo, Stone se sentía intranquilo al comienzo del viaje.

El crucero sideral «S-1492» despegó con suavidad de la Base de Fort Wort y, elevándose continuamente, dejó pronto atrás las altas capas de la atmósfera. Como a medida que se alejaba del centro de la Tierra se hacía más débil la reacción del fluido antigravitatorio, su velocidad de ascenso se debilitaba al aumentar las distancias.

Sin prisas, a motor parado, el crucero habría llegado con tiempo hasta la zona donde la fuerza gravitatoria del Sol y la Tierra se neutralizaban, pero como el ahorro de combustible era insignificante en relación al tiempo que se emplearía, Stone encendió los motores cohete y, con un impulso suave, pero constante, llegó a alcanzar los 100.000 kilómetros por hora. Entonces apagó los motores, pero debido al impulso obtenido, la nave mantuvo su velocidad, pues en el vacío y a falta de aire no existía freno alguno capaz de retener su marcha.

Al parar los motores y experimentarse a bordo los efectos propios del estado de ingravidez, Stone sintió que recobraba su tranquilidad y su confianza en su propia competencia. El «S-1492», al que la tripulación había bautizado con el nombre de *Adventurer,* marchaba bien arrumbado hacia el punto del espacio en el cual se encontraría con Dimón días más tarde.

Detrás del *Adventurer,* la flota de acompañamiento seguía su vuelo sin novedad.

-Salgo a dar una vuelta por el buque -dijo Peter desconectando los hilos telefónicos de su escafandra.

Al ponerse en pie experimentó cierta sensación de vértigo que le obligó a buscar apoyo en el respaldo del sillón.

Sus pies, sin embargo, se sostenían firmemente pegados al piso. Esto se debía a que los zapatos de Peter estaban provistos de una gruesa suela de plomo. Debajo de las planchas del piso, cubiertas por una alfombra de caucho que amortiguaban el ruido, un campo de fuerza magnética ejercía

su enérgica fuerza de atracción sobre todos los objetos metálicos situados a bordo de la nave.

Aunque este imán servía para que todos los objetos se mantuvieran en su sitio, no influía en el organismo de los tripulantes o influía muy poco, persistiendo los efectos de la falta de gravedad, a los que uno tardaba en habituarse.

Ligeramente mareado, Peter abandonó la cámara de derrota y salió al corredor cerrando tras sí la puerta estanca.

El crucero sideral, en líneas generales, había sido diseñado inspirándose en la técnica de los submarinos. Varios mamparos dividían el casco en otros tantos compartimientos, cuya finalidad consistía en evitar los accidentes que pudieran producirse por el choque fortuito de la nave con algún meteorito.

Estando las puertas estancas cerradas, si un meteorito perforaba el casco, la fuga de aire por el agujero practicado solamente afectaba al compartimiento donde se había producido la avería.

Varias puertas se abrían al corredor que Peter atravesó, correspondiendo estas puertas a la cabina de radio, las de radar y detección submarina, al registro del equipo electrónico y, finalmente, a las cámaras individuales de la oficialidad.

Al final del corredor, una puerta estanca llevaba a un pasillo de mayor amplitud, sobre el cual caían las puertas de la cocina y la despensa. Luego, el pasillo se ensanchaba bruscamente formando el amplío comedor con varias mesas, capaz para 24 comensales cómodamente sentados.

Al fondo del comedor, el mamparo número tres tenía otra puerta estanca que conducía al pasillo donde estaban los camarotes del almirante Sandez y los miembros de la expedición científica. Pero fue al cruzar el mamparo número dos cuando Peter se encontró con un tripulante que había caído al piso y hacía desesperados esfuerzos para arrancarse la escafandra.

Cerrando la segunda puerta estanca tras él, Peter acudió en ayuda del tripulante, descubriendo que se trataba de la señorita Hogan, la cual vestía el ajustado traje de presión obligatorio a bordo de los buques de la Armada Sideral.

-Vaya, debe estar escrito que siempre tengamos que encontrarnos por los pasillos -dijo Peter de buen humor.

La muchacha le hizo señas para que le ayudara.

Adivinando cuáles eran los verdaderos deseos de la muchacha, Peter tomó de su cinturón la bolsa de plástico que llevaba en previsión, arrancó la escafandra de la cabeza de la señorita Hogan y abrió la bolsa acercándola a la boca de ella.

La señorita Hogan vomitó dentro de la bolsa, la cual Peter se apresuró a cerrar evitando que el contenido se esparciera por todo el buque en aquella

falta de gravidez.

El cocinero asomó por la puerta de la despensa.

-¿Necesita ayuda, comandante?

-Eche un poco de sal de fruta en un vaso de agua. No es que eso tenga ninguna propiedad estimulante, pero la experiencia me ha enseñado que proporciona algún alivio.

En aquella falta absoluta de gravedad, todo lo que pesaba la señorita Hogan era lo que costaba de separar sus suelas de plomo del piso. Sin atender las protestas de la muchacha, Peter la levantó por la cintura y la metió en la cocina, donde la obligó a sentarse en un taburete.

-Dios mío, me siento muy mal -gimió la joven llevándose lamínanos a la cabeza-. Todo me da vueltas...

-Padece usted lo que nosotros conocemos por «mal del espado». En realidad no se trata de ninguna enfermedad, sino de una serie de trastornos digestivos que irán desapareciendo a medida que, se habitúe al medio. Apuesto que siente la cabeza como corcho.

-Sí, eso es exactamente.

-Nos pasa a todos.

El cocinero vino con un recipiente metálico de particulares características, pues estaba provisto de tapadera hermética y tenía un asa en forma de tubo que se prolongaba hacia arriba y se cerraba por una especie de válvula.

-Bébalo enseguida chupando por el tubo -dijo Peter poniendo el recipiente ante la cara de la joven.

La señorita Hogan sorbió el líquido por el tubo. Luego devolvió el vaso diciendo:

-Gracias, parece que me encuentre algo mejor.

-La llevaré a su cabina y se echará en la litera. Se sentirá mucho mejor cuando despierte, si consigue dormir.

Sosteniendo a la muchacha por un brazo, Peter la sacó al pasillo. En el comedor se encontraron con el almirante Sanders, el cual acompañaba al trastornado profesor Renne en dirección a la cocina. Renne marchaba con los ojos cerrados. Tenía la cara lívida y parecía encontrarse muy malo.

-Lo siento -murmuraba el profesor-. Lo siento mucho. ¡Cuántas molestias les estoy ocasionando!

-¿Se encuentra usted mejor, miss Hogan? -preguntó Sanders en el momento de cruzarse con Peter y la chica.

-Mucho mejor, gracias. Me voy a acostar.

El camarote de miss Hogan estaba en el corredor detrás de la puerta estanca número tres, constando de dos literas superpuestas. Peter la ayudó a tenderse en la litera inferior, la sujetó con las fajas para impedir que saliese flotando mientras dormía y la desembarazó de las pesadas suelas de plomo.

-¿Quiere que envíe a alguien para que le haga compañía? -terminó preguntando.

-No, por Dios. Ya estoy bastante avergonzada.

Peter salió dejando la puerta entornada.

En la inspección de la nave que Peter hizo a continuación, encontró algunos miembros de la tripulación bajo los aniquiladores efectos del llamado «mal del espacio», pero los que peor lo pasaban en este sentido eran los científicos agregados a la expedición, por ser éste la primera vez que pasaban por los trastornos consiguientes a la falta de gravedad.

El equipo científico estaba formado, además de la señorita Agnes Hogan y el profesor Renne, por los profesores Dave E. Gaugot, John Doburg y Adam Arnold.

Por espacio de más de 24 horas, después que la cosmonave paró sus motores, los científicos yacieron en sus literas en la forzada reclusión de sus camarotes, mientras la tripulación, cuyos miembros habían pasado previamente la prueba de la falta de gravedad, se habituaban rápidamente al medio y empezaban a desarrollar sus actividades con plena normalidad.

Varias veces, en el curso de aquellas horas, visitó Peter Stone a la señorita Hogan en su cabina, interesándose por su estado.

-Por favor, comandante -dijo la muchacha una de aquellas veces-. Si sigue preocupándose por mí llegaré a sentirme tan inútil como una viejecita. No quiero ser causa de ningún trastorno a bordo, créame. Atienda a sus ocupaciones. Yo me encuentro bien y acabaré acostumbrándome.

Peter salió un poco escocido de esta visita, por lo que decidió no preocuparse más por la señorita Hogan.

Las ocupaciones de Peter eran bien pocas por el momento. El *Adventurer,* cuerpo inerte abandonado en el espacio, seguía su vuelo lanzado cruzando como un meteoro el formidable abismo sideral. Las guardias se turnaban con monótona regularidad, permaneciendo los hombres atentos al radar, que escrutaba las profundidades para prevenir cualquier peligro que amenazase a la aeronave.

De hecho, el peligro mayor lo constituían los meteoritos, esos fragmentos de mundos arruinados que cruzan el espacio a grandes velocidades y que al llegar por azar a la Tierra se incendian y volatilizan a su frote con las altas capas de la atmósfera.

La práctica, sin embargo, había demostrado que la colisión fortuita de una cosmonave con un meteorito podía considerarse un azar que estaba en la proporción de uno contra cien mil a que llegase a ocurrir en un trayecto como el crucero del *Adventurer.* Además, la mayoría de estos meteoritos no pasaban de simples corpúsculos semejantes a pequeños granos de arena. Sólo los mayores tenían el tamaño de garbanzos y a rarísima casualidad podía tropezarse con alguno del tamaño del puño o quizás mayores.

La velocidad a que estos corpúsculos viajaban en el espacio, más que su tamaño, les hacía temibles por su gran poder de penetración. Cuando una nave que volaba a 50.000 kilómetros por hora chocaba de frente con un meteorito del tamaño de un garbanzo, ni el casco de acero ni la coraza de plomo del revestimiento interior podían detenerle.

El casco quedaba agujereado y en esta emergencia los trajes de presión media impedían que los cosmonautas sufrieran los efectos de aquel fenómeno llamado de «descompresión rápida» que ocurría cuando la presión de la cabina descendía bruscamente por escape del aire comprimido por el agujero del casco. En estos casos, un dispositivo automático insuflaba rápidamente aire a presión en la cabina para reemplazar al que escapaba, mientras la tripulación acudía apresuradamente a taponar la brecha.

Otro de los peligros que eventualmente amenazaban a la expedición, era la posibilidad de un encuentro con las aeronaves de la flota tritona.

De resultar ciertas las predicciones más pesimistas, si los habitantes de Dimón se proponían llevar a efectos la temida invasión de la Tierra, probablemente aprovecharían esta época para enviar su flota con destino a la Tierra.

A bordo del *Adventurer,* y a falta de otra preocupación más grave, se especulaba a propósito de los planes de los tritones. El almirante Sanders era de la opinión que los tritones aprovecharían estas semanas para enviar su flota de invasión al ataque contra la Tierra.

El profesor Doburg, cuya especialidad era la oceanografía, opinaba en contrario.

-Yo creo más bien que los tritones ni siquiera cuentan con una flota lo bastante importante para llevar un ataque contra la Tierra. Además, ¿por qué habrían de hacerlo? Ellos tienen su propio mundo, en el cual durante el curso de los siglos habrán llegado a la concepción de grandes realizaciones, de las cuales nosotros no podemos formarnos siquiera una remota idea.

Esta conversación tenía lugar en el living, al cual habían pasado a tomar café después de la comida, en la que, por primera vez, asistieron todos los miembros del equipo científico ya repuestos de sus trastornos fisiológicos.

-Entonces, ¿usted cree que los tritones constituyen un pueblo tan antiguo como el nuestro? -preguntó Peter, quien no se había interesado mucho por esta cuestión.

-¡Oh, mucho más antiguo, puede estar seguro! Más aún que eso, cuando Dimón se perdió en el espacio, sus habitantes ya habían alcanzado un grado de civilización por lo menos semejante al nuestro actual.

-¿Cómo podemos saberlo? -preguntó el teniente Owen.

-Por simple deducción. Creemos, casi estamos seguros, que Dimón formó en otros tiempos parte integrante de un sistema solar cuyas

características no debían diferir grandemente del nuestro. Uno o más planetas, entre ellos el que nosotros conocemos por Dimón, giraban alrededor de un sol de naturaleza metálica, semejante al nuestro. Un aumento de la temperatura de ese sol o acaso una colisión con otra estrella, debieron ocasionar una explosión que haría pedazos al astro y centro del sistema solar. Roto el equilibrio de fuerzas, los planetas debieron salir lanzados en varias direcciones, perdiéndose en el espacio hasta que uno de ellos, en su errante vagar de milenios, vendría a cruzar nuestro sistema planetario y quedaría prisionero de la fuerza de atracción de nuestro Sol.

-Eso en lo que se refiere al origen de Dimón -dijo el teniente Owen-. ¿Pero qué me dice de los tritones?

-Los tritones habitaban en su mundo con mucha anticipación a la catástrofe que les lanzó a vagabundear por el cosmos. Al alejarse de los restos de su sol, la oscuridad caería sobre los habitantes de Dimón. En el frío riguroso de su larga noche, sus mares se cubrieron de una larga capa de hielo. Por debajo de ese hielo, el calor interior del planeta conservó las capas inferiores de los océanos a una temperatura que impediría su total congelación. Y allí, debajo de los hielos, los tritones siguieron viviendo en su líquido elemento. ¿Saben ustedes por qué?[4]

-Supongo que si el agua de sus mares se mantuvo por encima de los cero grados, no habría impedimento alguno para que los tritones siguieran viviendo bajo los hielos.

-Usted olvida un detalle muy importante, teniente Owen. Debajo de los hielos, en la profundidad submarina, la oscuridad sería total. Y usted no ignorará que la vida es imposible para los organismos vivos allí donde falta la luz.

-Tendrían luz eléctrica -apuntó Peter.

El profesor se volvió sonriendo hacia Stone.

-Justamente, señor. Tenían una fuente de luz artificial, indispensable para que la vida vegetal, base de la alimentación de los tritones, pudiese prosperar en las profundidades submarinas. Así pues, los habitantes de los mares de Dimón conocían al menos la luz eléctrica cuando, hace muchos miles de años, quedaron sepultados bajo los hielos de sus océanos en la más completa oscuridad.

-Hace muchos miles de años -murmuró Peter pensativamente-. En el tiempo transcurrido desde entonces, aun progresando con mucha lentitud, los tritones deben haber llegado a grandes y sorprendentes realizaciones.

-De eso no nos cabe duda -dijo el almirante Sanders-. Sus ictionaves y sus «rayos de la muerte» constituyeron para nosotros una sorpresa muy desagradable. Si en aquel entonces hubieran querido invadirnos, nosotros no habríamos podido contrarrestar la eficacia de esas dos armas. Todavía no he podido comprender su indecisión de entonces.

-¿Llama usted indecisión al hecho de que no atacaran bombardeando y arrasando nuestras ciudades? -preguntó el profesor Gaugot, eminente astrónomo y cosmógrafo-. Sin embargo, en aquel momento fuimos invadidos.

-¿Usted cree? Nosotros nunca lo notamos -dijo el comandante Dubkin, ayudante del almirante Sanders.

-Los tritones, sepultados bajo los hielos, apenas tuvieron tiempo de sacar la cabeza y echar una mirada a su alrededor, cuando descubrieron que su planeta estaba cruzando un sistema planetario por uno de sus extremos. La Tierra debía hallarse a la vista y una breve exploración a través de los telescopios les demostró que nuestro planeta tenía océanos como los de Dimón. Los tritones pensaron dar un salto a la Tierra, tal vez persuadidos de que su planeta iba a continuar su desenfrenada carrera saliendo por el extremo opuesto de nuestro sistema planetario para perderse de nuevo en el espacio. Apresuradamente, tripularon sus ictionaves y abandonaron Dimón, alcanzando la Tierra cuando en ésta tenían lugar las grandes inundaciones provocadas por la proximidad de Dimón Entonces ocurrió algo que iba a alterar los primitivos planes de los tritones, pues así como la Tierra era perturbada en su giro por la proximidad de Dimón, también Dimón era afectado a su paso por las vecindades de la Tierra. La Tierra desvió de su camino a Dimón y lo lanzó a las redes del Sol, del cual Dimón quedó prisionero. Cuando los tritones se dieron cuenta de lo ocurrido, regresaron a Dimón. Ya no tenía objeto el abandono de su planeta, pues éste había llegado a una meta feliz al final de su milenario errar por el espacio, y en Dimón tenían los tritones sus ciudades, su solar patrio en el cual habían llevado a cabo sus más grandes realizaciones.

La opinión del profesor resultó ser muy interesante bajo el punto de vista de Peter Stone.

-¿Así, usted cree que la invasión de los tritones se llevó a cabo, aunque después renunciaron a afianzarla, regresando a su planeta de origen? -preguntó Peter.

-No me cabe la menor duda. La vida, tengámoslo presente, no debió ser muy agradable para los tritones, sepultados bajo los hielos que cubrían su mundo submarino, obligados a suplir con su ingenio los dones que en otros tiempos recibieron del sol en forma natural. No olvidemos tampoco que los tritones respiran por pulmones, al mismo tiempo que lo hacen por branquias, lo cual viene en apoyo de la teoría de que los tritones no siempre habitaron en el mar. Tal vez, con anterioridad a la catástrofe cósmica que les convirtió en vagabundos del espacio sideral, habitaron en tierra firme sobre sus numerosas islas, a orillas del mar del que obtendrían sus. medios de subsistencia en forma de algas comestibles y peces. En su historia, pues indudablemente la poseen, el recuerdo de los lejanos tiempos en que su

pueblo vivía al aire libre, ha debido trasmitirse de generación en generación y los tritones seguramente han añorado su pasado en el frío abismo de los océanos donde un destino adverso les obligó a refugiarse. Por esto, soy del parecer que, aun habiendo logrado rodearse de relativas comodidades en su mundo submarino, los tritones vieron en nuestra Tierra un paraíso cuando nos observaron por primera vez a través de sus telescopios. ¿Y quién dudaría en su caso, entre continuar en un mundo que iba a sumergirse de nuevo en la oscuridad de la eterna noche cósmica, o abandonar ese mundo y efectuar el salto a un mundo nuevo y lleno de promesas? Los tritones, indudablemente, efectuaron ese salto a nuestro planeta. Pero poco después de haberlo hecho sabían que su propio mundo no iba a continuar su errante camino, sino que quedaba cautivo de nuestro Sol, prohijado por nuestro astro como un huérfano del Cosmos. Y entonces, los tritones decidieron regresar a Dimón.

-¡Oh, magnífico! -exclamó Peter provocando la sorpresa de todos los presentes. Y ante la extrañeza de éstos, concluyó-: A mí, personalmente, siempre me pareció falta de razón y de derecho la invasión que proyectamos contra Dimón. Sin embargo, si los tritones no dudaron en invadirnos cuando por propia conveniencia lo consideraron necesario, los americanos no deberíamos sentirnos faltos de derecho al repetir su acto por imposición de las mismas azarosas circunstancias. ¿No es así?

-Seguramente, ésa es una delicada cuestión de derecho que los tritones no se avendrán a discutir amistosamente -dijo el profesor Adam Arnold, historiador y profesor en Derecho Internacional.

-¿Entonces, es inevitable que tengamos que luchar para ganar nuestro derecho a ocupar las tierras libres de su planeta? -interrogó el comandante Dubkin, ayudante del almirante Sanders.

-Yo creo que a los tritones no va a gustarles tenernos por huéspedes en su planeta. Si han estado estudiando nuestro carácter, lo que sin duda habrán hecho en estos dos años, las conclusiones a que habrán llegado sobre nuestra forma de conducirnos no serán muy halagüeñas para nosotros. Impulsados por las más duras y adversas circunstancias, los americanos vamos a pedir asilo a nuestros vecinos los tritones. ¿Y qué les ofrecemos a cambio? Únicamente el espectáculo de una Tierra dividida en un mosaico de naciones con diferentes lenguas, habitadas por razas diversas que profesan distintas religiones y practican ideologías con frecuencia opuestas e irreconciliables entre sí.

Las palabras del profesor no respondían de una forma directa a la pregunta de Dubkin, pero dejaban adivinar su pensamiento.

Numerosas veces, en el curso de los siguientes días, se entabló acalorada discusión sobre este tema a la hora de las comidas o en las reuniones que tenían lugar en la sala de recreo. Y siempre, al final de estas

discusiones, quedaba abierto el mismo inquietante interrogante.

Porque a fin de cuentas, la última palabra habían de pronunciarla los tritones, y éstos se mantenían en hermético, tanto como enigmático, silencio.

* * *

Solo en la silenciosa cabina, las luces atenuadas, echado en su sillón extensible frente a la pantalla de televisión, Peter Stone permanecía en actitud absorta contemplando el espacio.

-¿Estorbo?

La voz sonó junto a Peter, el cual se arrancó bruscamente de su abstracción volviendo la cabeza.

Miss Hogan estaba junto a él, ceñido el esbelto cuerpo por el apretado traje de media presión, la escafandra de titanio y cristal bajo el brazo.

Peter hizo un movimiento como para levantarse..

-Por Dios, no se moleste -le atajó la muchacha con imperioso ademán-. Creo que por esta vez puede prescindir de toda formalidad, pues al fin y al cabo soy una intrusa en sus dominios. ¿Hace la guardia?

-Sí.

-¿Me puedo quedar?

No poco sorprendido, Peter le indicó el sillón contiguo con un ademán.

-Ustedes disfrutan del mejor ventanal sobre el espacio -dijo la señorita Hogan tomando asiento. Señaló la pantalla-. Hermoso, ¿no es cierto?

-Lo es para mí. Nunca me canso de admirar este espectáculo, aún pareciendo siempre el mismo. El espacio es inmenso, imponderable... y es todavía más impresionante, aterrador en su magnífica profundidad, admirado desde aquí. Los habitantes de la Tierra, hundidos en el fondo de ese mar gaseoso que es su atmósfera, se pierden uno de los espectáculos más hermosos y solemnes de la Creación. Una vez que uno ha subido hasta aquí y ha echado una mirada en rededor, se asombra de que allá en la Tierra andemos tan atareados en multitud de menudos problemas, sin tiempo para levantar los ojos al cielo ni detenernos a considerar la ridícula pequeñez de nuestra persona, nuestros afanes y disgustos, frente a la serena inmutabilidad del Universo eterno.

-¿Es usted poeta?

Stone se sintió enrojecer.

-No lo tome a mal -dijo la muchacha-. Después de todo, no es un delito hacer poesía.

-No me siento poeta. Solamente me siento hombre, y como tal, ridículo en mis afecciones por cosas terrenas que carecen de auténtico valor. Puede burlarse si quiere. Yo...

-Lo siento -le interrumpió ella abandonando el asiento, poniéndose en

pie-. Le he molestado. No era ese mi propósito, discúlpeme.

Él guardó silencio mientras la joven abandonaba la cabina. Realmente, se sentía molesto. Como todos los seres de temperamento reservado, poseía un grado superlativo, un exceso de amor propio, muy susceptible a la crítica.

Peter decidió en aquel mismo momento que la señorita Hogan y él nunca llegarían a ser grandes amigos, mas aunque se impuso la obligación de olvidar el incidente, no lo consiguió.

Capítulo IV

Desde 28 horas antes, las tripulaciones se hallaban en sus puestos, atentas a la menor emergencia.

Desplegada en orden de combate a babor del *Adventurer,* la fuerza de acompañamiento seguía al buque almirante en su caída hacia el planeta Dimón. Un total de 200 buques formaban la escuadra sideral, siendo cien de ellos aparatos del tipo de destructores, más sesenta cruceros siderales y cuarenta buques nodriza de aprovisionamiento.

Los destructores, a diferencia de los cruceros, eran ictionaves pequeñas y muy rápidas, en los que las hélices para impulsarse en el aire habían sido sustituidas por motores cohete. En consecuencia, los destructores eran en realidad aviones de chorro capaces para volar a 3 mach, o sea, a tres veces la velocidad del sonido. Carecían de alas, utilizando para su sustentación el mismo sistema antigravitatorio de los buques más grandes, y tenían en la popa dos hélices para moverse en inmersión submarina, donde su velocidad resultaba muy inferior a la de los potentes cruceros con sus cuatro pares de hélices.

Eventualmente, las hélices servían a los destructores para desplazarse en el aire a un régimen económico.

El alto consumo de combustible de estos aparatos hacía necesaria la presencia de una numerosa flota de abastecimiento, integrada por gigantescos buques nodriza, verdaderas ballenas de hinchadas panzas donde se almacenaban lagos de combustible muy inflamable, a base de keroseno y oxígeno líquido.

En el *Adventurer,* buque insignia de la flota, Peter Stone ocupaba su sillón vigilando con ojo atento la gran pantalla panorámica de televisión. La aeronave acababa de tocar las altas capas de la atmósfera de Dimón, lo cual se hizo sentir a bordo tanto por un brusco aumento de la temperatura del casco, como por un ruido silbante alrededor del aparato.

Junto a Stone, en un sillón provisional atornillado al piso, el almirante Sanders estaba en contacto por radio con el resto de la flota.

Tanto los pilotos como el resto de la tripulación y pasajeros, vestían trajes impermeables de inmersión, provistos de grandes escafandras de acero con un frente de cristal de considerable espesor, aletas natatorias y depósitos de oxígeno colocados en el espaldar.

-Atención a la flota. Enciendan los motores y sigan al buque insignia. Daremos una vuelta al planeta antes de aterrizar -se oyó la voz del

almirante en los auriculares de todos los comandantes de unidad.

-Ignición motores cohete -ordenó Peter al capitán Forbes.

Al funcionar los motores cohete, el movimiento de caída vertical de la aeronave se convirtió en otro desplazamiento horizontal. Al tantear los mandos, Peter sintió por primera vez la resistencia del aire. El aparato se hacía de nuevo gobernable según el sistema al cual Peter estaba más acostumbrado.

En la gran pantalla de televisión, las imágenes fijas empezaron a moverse. La flota volaba ahora sobre grandes superficies blancas, de la blancura deslumbradora del hielo reflejando la luz del sol. Se trataba de uno de los casquetes polares de Dimón.

Los bancos de hielo quedaron prontamente atrás. El *Adventurer* seguía descendiendo al mismo tiempo que se desplazaba volando alrededor del planeta. El sol, que se hundía rápidamente en el horizonte a espaldas de los cosmonautas, dejó finalmente de alumbrarles. La escuadra se encontró volando entre las sombras de la noche.

El teniente Owen informó en este instante que la altura y la velocidad del buque era la correcta según las instrucciones recibidas. Noventa minutos más tarde, después de haber volado sobre el Polo Sur de Dimón en la oscuridad, Peter veía las primeras luces del alba en el horizonte.

El sol irrumpió en el espacio. Bajo sus pies, los terrícolas podían ver de nuevo la azul inmensidad del mar salpicada aquí y allá de grupos de pequeñas islas de formación volcánica o coralífera, todas cubiertas de verdor.

-¡Atención, tierra a la vista!

La voz procedía del teniente Owen, cuyo puesto estaba en una pequeña cúpula acristalada que sobresalía ligeramente de la parte superior del casco de la nave.

En efecto, en el curvado horizonte acababan de asomar los altos picos nevados de una gran cordillera de montañas. Probablemente se trataba de la tierra firme del único continente de Dimón. Este continente, situado en la línea del Ecuador del planeta, recordaba por su forma la isla de Sicilia, si bien por su superficie era de dimensiones aproximadas a la de toda África.

Esta era o debería ser la nueva tierra de promisión sobre la cual tenía puestos sus ojos el angustiado pueblo norteamericano, por cuya razón, Peter se sentía emocionado al sobrevolarla por primera vez.

Pocos minutos más tarde, Peter veía esas mismas montañas bajo sus pies. Al otro lado de la cordillera, una alta meseta esteparia descendía en suave declive para interrumpirse bruscamente en abruptos escalones de altura decreciente que iban formando extensas y fértiles mesetas hasta una llanura central cubierta de pradera.

-Quiero ver bien esta tierra, comandante Stone -dijo el almirante

Sanders-: Reduzca la velocidad y pase al régimen de impulsión por hélice en cuanto pueda.

Ya era tiempo de que el almirante Sanders tomara esta decisión, porque en el indicador del cuadro del *Adventurer,* el nivel de combustible líquido señalaba una cantidad apenas suficiente para una hora más de vuelo.

Esta misma orden fue trasmitida por radio al resto de la flota.

La escuadra pasó de la velocidad supersónica a la subsónica. Peter apagó los motores cohete y puso en marcha los motores eléctricos de impulsión a hélice.

-Buena tierra... magnífica tierra -murmuró Sanders observando el paisaje-. Toda clase de cultivos deben darse en este continente en esas mesetas de diferentes alturas que hemos dejado atrás. ¿Dónde se esconderán esos malditos tritones? ¿Por qué no se dejan ver?

La flota sideral prosiguió su ahora lento vuelo sobre la inmensidad de aquel continente virgen. El suelo de la pradera se elevaba de nuevo. La escuadra sobrevoló una cadena de montañas. Un fértil valle, regado por un caudaloso río, apareció a los ojos absortos de los terrícolas. A continuación de este valle, otra cordillera de montañas caía bruscamente sobre una angosta faja de costa inmediata al mar.

-Vamos a aterrizar en esa playa, Stone -dijo de pronto el almirante golpeando en el brazo de Peter-. Aprovecharemos esta calma para «aprovisionar a la fuerza de combustible. De paso daremos tiempo a los tritones para que manifiesten de alguna forma su reacción.

Peter asintió con la cabeza, dio contramarcha a los motores y detuvo el buque inmovilizándolo en el aire. Luego, mientras Sanders dictaba sus instrucciones al resto de la flota, movió ligeramente el reóstato y la nave empezó a descender hasta posarse con suavidad en el suelo.

Después de tantas horas de nerviosa tensión, la tripulación acogió como un alivio la orden de prepararse para desembarcar.

Gran trajín reinaba en el buque, antes silencioso, mientras el almirante daba sus últimas instrucciones a Peter.

-Mi consejo es que lleve su buque al fondo del mar, una vez haya desembarcado al equipo científico. La escuadra estará muy ocupada explorando los mares en busca de las ciudades tritonas, de» modo que le hago responsable de la seguridad de la expedición científica.

Conversando, el almirante Sanders y Peter habían llegado hasta el salón comedor, donde las mesas habían sido plegadas y arrimadas para dejar sitio al numeroso material científico que los tripulantes estaban amontonando ante la puerta.

La señorita Hogan, que se había despojado de su molesto traje de presión, vestía una especie de mono de tejido impermeabilizado de una sola pieza, al cual se ajustaba una escafandra de cristal y titanio con tubos para

la toma de aire de las botellas que colgaban de su espalda. Miss Hogan, lista en mano, examinaba las cajas de diverso material según los cosmonautas las iban apilando.

El profesor Renne vino seguido de los profesores Arnold y Gaugot, todos equipados según el modelo de traje de la señorita Hogan.

-Vamos a abrir la puerta -anunció el profesor Renne.

-Estoy impaciente por saltar y pisar por primera vez esa tierra de promisión -dijo Peter sonriendo.

-No puede hacerlo sin un equipo especial que le aisle del ambiente que se respira ahí afuera -observó miss Hogan.

-¿Y eso por qué? Creí que no cabía la menor duda acerca de la pureza, del oxígeno de esta atmósfera.

-La atmósfera de Dimón es probablemente tan saludable como la nuestra propia. No obstante puede haber en la tierra y en el aire bacterias altamente perniciosas para nuestra salud. Eso es, precisamente, lo que tratamos de averiguar -señaló el profesor Renne.

-Ya comprendo. ¿Servirá mi equipo de inmersión para bajar a tierra? -preguntó Peter.

-Sí, su traje y su escafandra de buzo pueden servir.

El almirante Sanders tendió su mano enguantada a Peter.

-Recuerde cuanto le he dicho, Stone. Vuelva al mar y no se deje ver, ocurra lo que ocurra.

-Ocurra lo que ocurra, señor. Lo tendré en cuenta -repuso Peter.

Sanders y el comandante Dubkin se ajustaron sus pesadas escafandras. Peter regresó a la cámara de derrota cerrando tras sí la puerta estanca número dos.

En la cámara de derrota, Peter recogió su escafandra, la cual ajustó herméticamente al anillo metálico de su traje impermeable. Antes de volver a salir, a fin de no quedar enteramente incomunicado con Forbes, se llevó consigo una pequeña emisora de radio del tipo de campaña que utilizaba el Ejército.

En el salón comedor, la gran puerta de descarga estaba abierta de par en par y por ella entraba un eufórico rayo de sol. La tripulación, equipada con sus trajes de presión total, procedía a la descarga de las numerosas cajas que contenían el equipo de investigación del grupo científico.

Peter saltó a tierra.

A su lado, sobre la arena de la playa, el grupo científico procedía a abrir algunos cajones. Cerca del *Adventurer,* el crucero *Pelikan* semejaba un gran tiburón al que las olas hubieran varado en la playa. El almirante Sanders y el comandante Dubkin entraban en el *Pelikan,* que iba a ser, después del *Adventurer,* el buque insignia de la flota expedicionaria.

Más lejos, en la faja de tierra entre el acantilado y el mar, los panzudos

buques nodriza de la flota se hallaban posados entre las dunas, suministrando keroseno y oxígeno líquido por medio de mangueras a los destructores que, dos a dos, descendían suavemente para posarse a su lado.

El espacio resplandecía de sol, el cielo era azul y las olas venían perezosamente a lamer los costados del *Pelikan,* allí varado en la arena. La escena podía haber tenido lugar en la asolada costa de California tres años atrás, pero pertenecía al presente y tenía por escenario una playa remata en un lejano e inexplorado planeta. Todo esto parecía más bien formar parte de un relato fantástico, de tal modo que Peter no acababa de acostumbrarse a la realidad.

Peter se alejó paseando hacia las dunas, sintiendo bajo sus pies el agradable crujido de la arena. Encaramado a una roca permaneció largo rato contemplando la actividad que reinaba sobre la angosta faja de tierra, hasta que sintiendo calor regresó hacia el *Adventurer* y tomó asiento en un cajón a la sombra del buque.

Transcurrida una hora, Peter tuvo que volver al *Adventurer* para llevar el buque junto a uno de los buques nodriza, el cual por sendas mangueras le suministró en breves minutos más de cien toneladas de keroseno y oxígeno líquido para sus motores cohete.

Apenas acaba de separarse el *Adventurer* del buque nodriza, cuando captó en su radio una llamada general del almirante Sanders para toda la flota:

-¡Atención! ¡Importante escuadra enemiga en el horizonte! ¡Dispérsense! ¡Esos buques nodriza, recojan las mangueras y apresúrense a desaparecer en el mar!

La expedición científica había quedado en la playa junto al equipo recién desembarcado.

-¡Esos condenados tritones! -maldijo Peter entre dientes-. No pudieron escoger mejor momento para aparecer.

Como una bandada de patos que oye el primer tiro de una partida de cazadores, los buques de la Armada Sideral norteamericana se apresuraban a levantar el vuelo haciendo rugir sus motores cohete.

En la playa, los grandes buques nodriza recogían a toda prisa las mangueras.

-¡Vuelva a la playa, Jim! Tenemos que recoger a los científicos antes que empiecen a llover las bombas -gritó Peter abandonando su asiento.

La distancia que separaba al crucero de la playa era corta, por fortuna. Peter salió corriendo por el pasillo hasta el comedor.

-¡Abran esa puerta! -gritó a los dos hombres que le miraban desde el centro de la cámara-. Tenemos que recoger a los sabios y desaparecer... ¡súbito!

Uno de los cosmonautas saltó hacia un cuadro y apretó un botón.

La doble puerta del buque, destinada tanto a soportar la presión interior en el espacio como la exterior del mar en inmersión submarina, se abrió accionada por un mecanismo hidráulico. La interior se abrió en dos mitades hacia adentro, mientras la exterior se abría también en dos secciones hacia afuera.

Sin escafandra esta vez, y sin acordarse siquiera de este detalle, Peter Stone asomó a la puerta y gritó a los científicos que estaban en la playa:

-¡Rápido, vuelvan al buque! ¡Los tritones se disponen a atacar!

Ellos probablemente no le oyeron, aislados del exterior por sus trajes y sus herméticas escafandras. Pero entendieron sus señas y echaron a correr hacia el aparato. Peter se asió con una mano al borde de la escotilla, tendiendo la otra a los científicos y ayudándoles a trepar.

A media milla de allí, en la angosta faja de tierra entre el acantilado y el mar, uno de los buques nodriza hizo explosión en mitad de una gran llamarada.

En la precipitación del momento, un escape de oxígeno líquido de una de las mangueras había provocado una explosión. La onda de choque vino a continuación de la onda sonora y envolvió el *Adventurer* en una crujiente nube de polvo.

Arnold, el último de los que quedaban en tierra, fue metido en el buque de un enérgico tirón.

-¡Cierren esta escotilla! -gritó Peter a los hombres, alejándose.

En la cámara de derrota, Jim Forbes empujaba el reóstato haciendo elevarse al buque a unos pocos metros sobre la playa. Peter se dejó caer en su sillón, conectó los motores eléctricos a la corriente de la pila atómica y empuñó los mandos haciendo girar al buque.

Impulsado por sus hélices, el crucero abandonó la playa y voló sobre el mar.

-Prepárense para inmersión.

El capitán Forbes apretó un botón eléctrico del cuadro de instrumentos. En todo el buque se escuchó el rugido estridente de un claxon. Los tripulantes corrieron a sus puestos cerrando las puertas estancas y se apresuraron a asegurar sus escafandras.

Forbes revisó todas las luces del cuadro e informó:

-Listos para inmersión.

El *Adventurer* rozó con su vientre el mar, abriendo un blanco surco de espuma. Sin ninguna complicada maniobra, simplemente dejándose arrastrar por su peso, el buque se sumergió totalmente a un par de millas de la costa.

-¿Fondo?

-A veinte metros -informó el sargento Crestón desde su cabina por el teléfono interior.

En la pantalla de televisión, un pez semejante a un delfín cruzó velozmente ante la proa del buque. Durante unos minutos reinó el silencio en la cámara de derrota.

-Esos tritones... ¿cree usted que nos atacarán? -preguntó Forbes preocupado.

-Nosotros les dimos caza implacable allá en la Tierra. No cabe esperar que seamos tratados de diferente forma aquí en Dimón -fue la seca respuesta de Peter. Habló-: ¡Hola, Crestón! ¿Fondo?

-A cincuenta metros.

-No nos conviene alejarnos demasiado de la costa, si luego hemos de volver a tierra -dijo Stone más bien como hablando consigo mismo-. Si ese fondo es de plantas submarinas, nos dejaremos caer en él. Jim, encienda los focos de abajo.

El buque descendió suavemente mientras con sus focos eléctricos rastreaba el fondo. A cuatro millas de la costa, el fondo descendió bruscamente a cuatrocientos metros de profundidad.

-Está bien -dijo Peter-. Nos acostaremos en el fondo y soltaremos la boya antena.

Pocos minutos después se dejaba sentir un golpe, seguido del ruido que hacía el casco al rascar en un fondo pedregoso. El buque se inmovilizó, Forbés oprimió un botón en el cuadro de instrumentos y una pequeña boya salió de un hueco del casco y ascendió hasta la superficie, desenrollando un hilo eléctrico[5].

Stone abandonó la cámara para entrar en la cabina de radio, donde el sargento Hammond estaba inclinado sobre su mesa, los auriculares calados, garrapateando velozmente con un lápiz sobre una hoja de papel. Peter miró por encima del hombro del sargento, leyendo a medida que éste iba escribiendo:

«...superiores en número nos atacan con torpedos de carga nuclear. Sacrificando destructores intento abrirme paso resto fuerza cruceros emprendiendo retirada hacia Tierra. Firmado Sanders. Comandante Jefe Escuadra expedicionaria».

-¡El almirante Sanders se retira! -exclamó Peter roncamente.

-Están trasmitiendo en Morse, lo cual parece indicar que el radio va dirigido a la Tierra, señaló Hammond fúnebremente.

-¿Oye a los comandantes de unidad?

-Podemos probar si usted quiere -repuso el sargento moviendo los botones de su potente receptor.

Una guirigay de voces mezcladas brotó casi al instante del tornavoz del aparato. De vez en cuando, sobre aquel barullo, se escuchaba una llamada más potente de algún buque más próximo:

«¡Cuidado con ese torpedo, Bill!».

«¡Atención, escuadrón Nueve. Vuelvan al sol. Intentaremos deslumhrar a esos malditos, si esto sirve para algo!».

«¡Atención, Banders. Desciendo con avería en los motores de chorro!».

La batalla, al parecer, se libraba a gran altura sobre la ionosfera, donde en el aire enrarecido los aparatos se movían con mayor agilidad. Mientras Peter escuchaba con el aliento contenido, el oficial de máquinas, el teniente navegador y el profesor Doburg fueron apelotonándose en el estrecho corredor con otros cosmonautas que iban acudiendo desde diversas partes del buque.

En la angustiosa espera, las voces que escuchaban eran, por el momento, más escasas y lejanas. Luego cesaron por completo.

-¿Qué ha pasado? ¿Se han marchado, verdad? -preguntó anhelante el profesor Arnold mirando los crispados rostros de los cosmonautas.

-Sí, se han marchado -dijo Owen con brusquedad. Y señaló con el pulgar hacia abajo-. Al fondo del mar.

-¿Han derrotado a nuestra escuadra?

-Completamente -dijo Peter gravemente-. Con mucha suerte, tal vez unos cuantos cruceros hayan conseguido escapar hacia la Tierra.

-¿Así pues, nos hemos quedado solos?

-Sí, si exceptuamos algún buque fugitivo superviviente de la batalla y a unos cuantos buques nodriza que el enemigo perseguirá hasta darles caza.

-También nos darán caza a nosotros -apuntó el profesor Arnold.

Peter no contestó.

-Diga, comandante -preguntó Renne-. ¿Hay alguna posibilidad de poder escapar a la Tierra?

-No en estos momentos. Intentar emerger ahora para escapar en dirección a la Tierra, equivaldría a un suicidio. No haremos nada de eso. La misión que nos trajo a este planeta no ha terminado. Más exacto sería decir que ni siquiera ha comenzado. Permaneceremos inmóviles en el fondo del mar hasta que podamos sentirnos relativamente seguros. Luego emplearemos los días que faltan hasta la llegada de nuestra flota de invasión intentando obtener los datos que vinimos a buscar sobre temperatura, humedad, salubridad y todas esas otras cosas. Vuelvan ahora a sus literas, acuéstense y procuren no promover el más pequeño ruido. Si los tritones sospechan solamente que estamos aquí, nuestra vida no valdrá ni un centavo.

Los hombres se miraron entre sí. Luego, silenciosamente, disolvieron el grupo alejándose por el pasillo de puntillas.

Capítulo V

Las primeras 24 horas después de la inmersión del *Adventurer* fueron tranquilas. Los cosmonautas permanecían echados en sus literas la mayor parte del tiempo, andaban descalzos cuando tenían que moverse de un sitio a otro y hablaban entre sí en voz baja.

Al día siguiente, los sensitivos aparatos de a bordo registraron una serie de potentes explosiones que, al parecer, tenían lugar a varios cientos de millas de distancia.

-Minas submarinas con carga nuclear -dijo Peter-. Probablemente los tritones se dedican a dar caza a nuestros buques supervivientes.

Estas explosiones siguieron registrándose a bordo durante el resto del día. Al anochecer cesaron y ya no volvieron a oírse.

El tercer día reinó de nuevo la calma.

-Los habrán cazado a todos -comentó el capitán Forbes.

Peter no estaba tan seguro. Probablemente quedaban todavía algunos buques terrícolas supervivientes posados en el fondo del mar, esperando como el *Adventurer* a que cesara la tenaz persecución de los tritones para, corriendo un grave riesgo, salir a la superficie días más tarde e intentar escapar hacia la Tierra.

Aun si poseyeran una flota muy numerosa, los tritones no podrían registrar cada metro cuadrado de sus inmensos mares en busca de los buques americanos, pero patrullarían el cielo sobre el mar a la espera de que éstos asomaran para arrojarse sobre ellos y destruirlos.

Peter estaba dispuesto a ser tan paciente como pudieran serlo los tritones, así que decidió esperar tres o cuatro días más hasta asegurarse que el peligro había pasado.

Al quinto día, sin embargo, se vio abordado por el profesor Gaugot, quien expresó su parecer de que el peligro había pasado y estaban perdiendo lastimosamente el tiempo cuando tantas cosas les quedaban por hacer.

Esto ocurrió durante la comida, la cual realizaban juntos tripulantes y pasajeros.

-¿Eso es lo que creen ustedes? -repuso Peter-. Yo en cambio creo que nunca se es imprudente por demasiada prudencia.

-Si al menos tuviéramos aquí nuestro equipo, o nos encontráramos a menos profundidad, podríamos efectuar alguna excursión submarina para estudiar la fauna y la flora de estos mares apuntó el profesor Doburg.

Peter contestó:

-Tan peligroso es moverse una milla para buscar un nuevo fondo, como navegar diez millas hasta la costa para desembarcar y ver de recuperar nuestro equipo.

-Entonces naveguemos hasta la costa y desembarquemos -dijo la señorita Hogar-. Usted podrá creer lo contrario, pero yo le daría cien ejemplos de ocasiones en que una excesiva prudencia puede también conducir a un desastre.

-Me han confiado la misión de velar por la vida de ustedes -dijo Peter molesto-. Sin embargo, si ustedes se sienten llenos de valor y osadía, los tripulantes de este barco no somos ni más cobardes ni menos atrevidos que ustedes.

Peter se puso en pie consultando su reloj de pulsera.

-Arriba debe estar anocheciendo -dijo-. Dentro de una hora abandonaremos el fondo y navegaremos hacia la costa. Llegaremos tan cerca de la playa como permita el fondo, y ustedes harán el resto a nado con sus equipos de inmersión.

Sin esperar la respuesta del equipo, Peter Stone abandonó el comedor regresando a la cámara de derrota.

Poco después, Jim Forbes se le reunía allí.

-Esos sabios consiguieron crisparle los nervios, ¿no es cierto? -dijo el capitán ofreciendo a Peter un cigarrillo.

-Sí.

-Pues si cree que no es prudente salir tan pronto a la superficie, ¿por qué se deja influir de las opiniones de ellos?

Peter dio unas cuantas chupadas a su cigarrillo sin contestar a esta pregunta. Luego dijo de pronto:

-Vamos a soltar la antena flotante de radar. Todas las críticas de ese puñado de ineptos no conseguirán que olvide las precauciones básicas que me enseñaron en la Marina.

Forbes asintió.

La presión sobre un botón eléctrico dejó en libertad, sobre el casco del buque, una pequeña boya provista de una antena radiante en forma del varillaje de una pequeña sombrilla, la cual al ascender arrastró detrás un delgado hilo eléctrico.

Forbes y Peter se trasladaron a la contigua cabina de radar, donde estaban observando atentamente la pantalla cuando llegó el sargento Crestón.

-Nada a la vista por el momento -observó Peter-. Crestón, quédese aquí y no pierda un segundo de vista esa pantalla. Avise inmediatamente si advirtiera la presencia de algún objeto en la atmósfera o sobre el mar.

-Sí, señor.

Una hora más tarde, Peter Stone se encontraba de nuevo ante los mandos del buque. Como Forbes y el resto de la tripulación, vestía su equipo completo de inmersión, que incluía escafandra, depósitos de oxígeno y aletas natatorias.

-¿Crestón?

-Sin novedad, señor.

-Recojan la antena.

Peter movió el reóstato. El casco rascó ligeramente en el fondo de roca, sintiéndose enseguida el movimiento ascensional de la nave. Las hélices giraron silenciosamente impulsando al *Adventurer* hacia adelante, Peter hizo girar la rueda del timón y el buque sideral viró mientras ascendía.

En el tablero de instrumentos, la aguja del batímetro se movía en el cuadrante señalando las distintas profundidades.

A 15 metros de la superficie, Peter detuvo el movimiento ascensional del buque y ordenó sacar la antena de radar. Un mástil de acero salió del casco desplegando sus varillas y asomó a flor de agua.

-¿Crestón?

-Nada en el aire ni en el mar, señor. Todo despejado -informó el sargento por teléfono.

Peter guió al *Adventurer* en línea recta hacia la costa. Minutos más tarde disminuía la velocidad, y poco después se sentía el suave arañar de la quilla sobre un fondo de arena. Peter abandonó su sillón.

-Sumérjase apenas nosotros abandonemos el buque -dijo a Forbes.

Salió de la cabina llevando un pequeño trasmisor de radio de campaña. En el comedor se reunió con miss Hogan y los profesores Gaugot y Doburg, ninguno de los cuales tenía más de 40 años de edad. Por la especial condición de aquella salida, el profesor Renne iba a quedarse en el barco, pues era demasiado viejo y un deficiente nadador. Agnes Hogan, que era una hábil nadadora según dijo, sustituiría al profesor Renne, lo cual podía hacer perfectamente por practicar ambos la misma especialidad.

Cuatro hombres del *Adventurer,* bien armados con metralletas y granadas de mano, acompañarían a la expedición. Cada uno de estos hombres llevaba un bote de caucho para transportar el equipo científico que había quedado abandonado en la playa. Todo el grupo se trasladó al pasillo entre los compartimientos estancos números tres y cuatro, donde Peter Stone apagó las luces blancas y encendió las rojas, a fin de acostumbrar los ojos de los expedicionarios a la oscuridad. Uno de los sargentos trepó por la escalerilla fija a uno de los mamparos y alcanzó la escotilla del techo.

Al abrirse la escotilla, un chorro de agua cayó sobre el sargento Berge y los que estaban debajo. Peter cogió su metralleta y trepó rápidamente por la escalerilla, encaramándose sobre el casco húmedo del buque, rodeado de las tinieblas de la noche.

Pronto, sin embargo, acostumbrando sus ojos a la oscuridad, pudo Stone distinguir los contornos de la maciza mole del buque, resaltando de cierta vagorosa fosforescencia que parecía brotar del mar. La atmósfera de Dimón, por lo que Peter pudo comprobar, era de una pureza diáfana como no podía encontrarse en las más apartadas regiones de la Tierra.

Las estrellas, de un tamaño y brillo extraordinarios, difundían una suave luz a la que era posible ver la sombra compacta del acantilado, así como la mancha blanca de la arena de la playa. La playa sólo distaba un centenar de metros del *Adventurer*.

Peter hizo una seña al sargento Berge para que le siguiera y se dejó caer al agua. El aire contenido en su hermética escafandra le hizo volver a la superficie. Nadó hacia tierra moviendo acompasadamente los pies, calzados con zapatos provistos de aletas de caucho. Al tocar fondo se puso de pie y esperó a que llegaran los demás.

Las grandes escafandras de los nadadores aparecieron flotando a modo de boyas. Peter les hizo una seña y siguió andando hasta la playa. Tal como Peter temió que ocurriría, el sitio donde fueron a parar no era exactamente el mismo en donde desembarcaron cinco días atrás. La cuestión, ahora, estaba en decidir si el equipo quedaba más arriba o más abajo del lugar donde se encontraban. Como quiera que adivinarlo era cosa de pura suerte, Peter hizo seña al grupo para que le siguieran por la derecha. Sacándose las aletas natatorias, todo el grupo echó a andar rápidamente detrás del comandante. No se habían alejado apenas 20 metros, cuando Peter divisó unos bultos oscuros en la arena. Eran las cajas que ellos abandonaron en su precipitada fuga días atrás.

Peter iba a dirigirse hacia los bultos cuando, ilusión o realidad, creyó advertir que una de las sombras se movía.

-¡Quietos!

No era ilusión. Una sombra se irguió entre las cajas y echó a correr hacia las dunas del pie del acantilado. Peter no supo qué hacer por el momento. Si los tritones andaban por allí, lo inmediato era retirarse hacia el buque antes que cundiera la alarma.

Pero un tritón solo, por estos apartados lugares, no era una cosa natural. Peter comprendió de pronto. ¡Era un americano, uno de los supervivientes de los buques derribados, tal vez del buque nodriza que hizo explosión y ardió en aquella misma playa!

-¡Eh, espere! -gritó Peter echando a correr tras el fugitivo.

Pero su voz no pudo ser escuchada por el hombre, debido a la escafandra que encerraba la cabeza de Peter. Éste, mientras corría, desconectó los tubos y se arrancó la pesada escafandra dejándola caer al suelo.

Después de todo, no era la primera vez que respiraba a pleno pulmón el

aire de aquel planeta.

Aligerado del peso de la escafandra, Peter pudo correr con mayor rapidez. El fugitivo cruzó por entre las dunas y se dirigió hacia el acantilado. Peter pudo verle de nuevo cuando el hombre escalaba un empinado talud.

-¡Alto! ¡Alto o disparo! -gritó Peter.

El hombre se detuvo apoyando la espalda contra una roca. Jadeaba cuando Peter llegó junto a él.

-¿Quién... quién es usted? -dijo en inglés-. ¿Es... un hombre de la Tierra, verdad?

Peter no creyó siquiera necesario contestar a esta pregunta.

-¿Está solo? -preguntó.

-Sí.

-Venga con nosotros. Tenemos un buque esperándonos frente a la playa.

-¿Un buque? Seguramente se refiere a una de esas aeronaves que parecen dirigibles.

La respuesta era extraña para un cosmonauta. Para un norteamericano, la expresión «buque» no se hubiera prestado a ninguna clase de confusión. Peter arrugó el ceño.

-Oiga, ese acento suyo... ¿Usted no es americano, verdad?

-Soy inglés.

-¡Inglés! ¿Qué demonios hace un inglés aquí? -Me escapé.

-¡Vaya, escapó! ¿Y de quién, si puede saberse?

El fugitivo parecía ahora el más sorprendido de los dos.

-Pues de los tritones, naturalmente. Hace dos años ellos me cogieron prisionero. Mi nombre es Gil. Gilbert Brean. Vivía en Cardigan. Hace un par de años, una noche me encontraba pescando cuando...

-Espere, nos contará eso más tarde -le atajó Peter con un ademán imperioso-. Venga.

Gilbert Brean siguió dócilmente a Peter. Éste observó que el inglés iba cojeando.

-¿Qué le ocurre? ¿No puede andar?

-Mis pies -se quejó Brean-. Perdí mis viejos zapatos mientras nadaba Hace dos semanas que ando errante por ahí y tengo las plantas en pura llaga. ¡Oh, no me hubiera usted alcanzado de no ser por esto!

En las dunas, Peter se tropezó con los sargentos Freman y Oboler que iban en su busca. En la playa se reunieron con el resto del grupo. Gaugot, Doburg y la señorita Hogan se sorprendieron enormemente al serles presentado por Peter el nuevo compañero.

Brean, sentado en una de las cajas, relató brevemente su odisea.

-Sí, los tritones me capturaron una noche hace dos años[6], pocos días

antes de producirse aquellas esperadas inundaciones en todo el mundo a causa de la proximidad de Finan...

-Querrá usted decir a causa de la proximidad de Dimón -corrigió el profesor Doburg.

-Ustedes le llaman Dimón. Los tritones le llaman Finan, todo es lo mismo.

Los norteamericanos cruzaron entre sí una mirada de estupor. El inglés continuó su increíble historia.

-Era de noche. Yo estaba pescando sobre una roca cuando creí oír un furtivo rumor de pasos. Me volví... ¡y allí estaban aquel par de tipos mirándome con sus grandes ojos de besugo; Quedé tan paralizado por el terror que sólo tuvieron que empujarme con un dedo para tirarme al mar. Ellos se zambulleron detrás de mí, me cogieron por un brazo y me remolcaron hasta su aeronave... ¡bueno! Yo creí al principio que no era más que un submarino, pero luego había de ver que en realidad era una nave interplanetaria. No empezó a latirme de nuevo el corazón hasta que me vi en compañía de otros hombres iguales que yo, y aun entonces creía estar viviendo una espantosa pesadilla. A todos nos ocurría lo mismo.

-¿Quiere decir que había otras personas a bordo de aquel barco, hombres de la Tierra como usted? -preguntó la señorita Hogan.

-Éramos una docena cuando me llevaron a bordo, pero en el transcurso de las dos semanas siguientes el número aumentó hasta treinta. Al parecer, los tritones estaban secuestrando hombres y mujeres de todas partes. En nuestro grupo los habíamos ingleses, franceses, belgas, noruegos... Después de dos semanas de navegar constantemente nos llevaron a Finan.

-¡Todo esto es sorprendente! -exclamó el profesor Gaugot.

-No lo crea -repuso Brean con cachaza muy británica-. Esos demonios tenían cuidadosamente trazados sus planes. Querían saber cosas acerca de la Tierra, y para empezar tenían que aprender nuestro idioma. Y al propio tiempo que aprendían nuestros idiomas, ellos nos enseñaban el suyo. No resultaron ser muy aventajados como políglotas. Nosotros aprendimos antes que ellos su lengua a base de gruñidos y ronquidos. Nos pasaban cintas grabadas de las emisiones de radio de la Tierra y luego nos obligaban a traducirles su significado. Fue así como tuvimos él consuelo de saber que en la Tierra ustedes no se dormían y se preparaban para rechazar la invasión de los tritones.

De nuevo los americanos guardaron sorprendido silencio. Peter Stone fue el primero en reaccionar, preguntando:

-¿De dónde escapó usted, Brean?

-De Auson, una de las ciudades de los hombres-tritones.

-¿Una ciudad submarina?

-Una ciudad excavada en el corazón de un gran peñasco acantilado que

sobresale del mar.

-Siempre creímos que los tritones habitaban en ciudades submarinas -observó la señorita Hogan.

-Los tritones son anfibios. ¿Por qué habían de habitar en húmedas ciudades bajo el agua, pudiendo vivir también fuera del mar? Por supuesto, ellos cazan y cosechan algas para su alimentación del fondo del mar. Pueden permanecer días y años en el agua sin salir a la superficie, pero les gusta más acostarse sobre colchones de muelles, comer a la mesa y leer en libros y revistas en sus bien acondicionadas habitaciones[7].

-¿Nos habremos equivocado respecto a los tritones? ¿Estará su forma de vivir más cerca de la nuestra de lo que nosotros creíamos? -murmuró la señorita Hogan.

Peter no dio ocasión a Brean a contestar a esta reflexión.

-Dígame, Brean. ¿Cómo pudo escapar?

-Nos pusimos de acuerdo siete compañeros. Pero solamente Kelley y yo llegamos a saltar.

-¿Saltaron? ¿De dónde?

-Desde uno de los túneles por el cual los tritones renuevan el aire de su ciudad subterránea. La altura era considerable hasta el mar, que quedaba debajo, y por lo que veíamos desde arriba sólo quedaba un pequeño espacio entre las rocas con suficiente profundidad. Habíamos visto en los días claros un largo acantilado en el horizonte, y llegamos a averiguar que este acantilado formaba parte de un gran continente. Por el momento, escapar de Auson nadando hasta el continente carecía de objeto. Estábamos bien en Auson. Hartos de comer pescado y pan de algas y también de recibir algún fustarazo de vez en cuando. Pero los tritones nos permitían movernos en la ciudad, subir a la cima del acantilado a tomar el sol y entretenernos en nuestros inocentes juegos. La fuga no sólo significaba exponerse a morir ahogados, o quedar aplastados en las rocas si no medíamos bien el salto. Sabíamos que en el continente no había nada, ni animales ni plantas comestibles, sino una inmensa desolación en la que moriríamos de hambre y sed. Éramos prisioneros en un planeta inmenso, para escapar del cual habríamos tenido que apoderarnos de una aeronave. Y esto, naturalmente, era imposible.

-¿Qué fue, pues, lo que finalmente les animó a escapar? -preguntó Peter.

-Saber que ustedes venían a Finan con una flota de invasión. Entonces fue cuando...

-¡Espere! -interrumpió Peter-. ¿Cómo supieron ustedes que los americanos estábamos camino de Finan?

-Creo haber dicho que disfrutábamos de cierta libertad dentro de la ciudad. Los tritones tienen un sistema perifónico de información. Los

altavoces difundieron la noticia y nosotros la escuchamos. La información procedía de una de les patrullas destacadas en la Tierra y fue enviada, por radio. Fue entonces cuando decidimos escapar. Pero nuestros compañeros titubearon en el último instante y solamente Kelley y yo saltamos al mar. Yo me lancé primero con un fardo de ropa atado a la cabeza para amortiguar el golpe... ¡Oh, fue algo terrible! No repetiría la experiencia por nada del mundo. La altura hasta el mar era mayor de lo que habíamos calculado. Kelley se lanzó después y tuvo la mala suerte de herirse en un hombro.

-¿Cuándo descubrieron los tritones su fuga?

-¿Cómo quiere que lo sepa?

-Es verdad, ustedes ya no estaban allí para saberlo. Prosiga.

-Nadamos hasta un arrecife de coral que sobresalía del mar como a una milla de distancia... hay como un camino de pequeñas islas y escollos entre la ciudad y el continente. Kelley se quejaba continuamente. Sangraba mucho por su herida y no lográbamos restañar la sangre. El hombro se le hinchó espantosamente... Kelley decidió quedarse en el islote y esperar a que los tritones vinieran a recogerlo. Ignoro lo que fue de él, si los tritones salieron en nuestra busca, si lo rescataron o si lo castigaron cortándole la cabeza.

-¿Cree a los tritones capaces de hacer eso con su amigo?

-Si yo hubiese creído que los tritones iban a tomar a chanza nuestra escapatoria, me habría quedado junto al pobre Kelley. No, los tritones no son capaces de ver el lado humorístico de las cosas. Son sujetos serios, graves. Ignoran lo que es un chiste y jamás hablan en broma. Me preocupa ese pobre Kelley...

-¿Hay alguna posibilidad de que le encontráramos si fuéramos a buscarle? -sugirió Peter.

-¿A Kelley? ¡No, por Dios! Hace dos semanas de eso. Si no fueron a buscarle los tritones, Kelley habrá muerto con toda seguridad. Yo mismo habría perecido de hambre si en todos estos días no hubiese conseguido atrapar media docena de pececillos entre las rocas. Ese maldito continente no da nada para comer. Es natural, hace solamente un par de años todavía estaba sepultado bajo los hielos. Por cierto, hablando de comida...

-¿Tiene hambre, no es eso?

-Veo pavos trufados y grandes bistecs con patatas en mis delirios. Esta tardé, vi estas cajas desde arriba del acantilado. Pensé que acaso contuvieran algo de comer y esperé a la noche para bajar.

-Comerá cuanto quiera a bordo. Tuvo usted suerte en llegar hasta aquí.

-Hace cuatro días vi una gran columna de humo en la lejanía y fui espectador casual del combate que ustedes libraban con las aeronaves tritonas. El humo y la ilusión de encontrarme con alguien me guiaron hasta

aquí.

-Pues tardó bastante en recorrer ese camino -objetó Peter.

-Usted no diría eso si se encontrara en mi lugar. Tenía los pies llagados. Cada paso me costaba lágrimas de dolor. Puede decirse que he venido arrastrándome como una tortuga.

Peter guardó silencio.

-Discúlpeme -dijo después-. ¿Han recogido el equipo? Bueno, dense prisa. Usted, Brean, venga conmigo. Le acomodaremos en una de las balsas.

En la playa, Peter arrancó el tapón de la botella de anhídrido carbónico de una de las balsas y arrojó el paquete al agua. La balsa se hinchó tomando forma y flotó sobre las olas.

Gilbert Brean subió a la balsa y se dejó caer en el fondo suspirando:

-Casi no puedo creer en mi suerte.

-Señor Brean -dijo Peter, al cabo de unos minutos de silencio, mientras los sargentos iban y venían acarreando cajas-. ¿Sería usted capaz de guiarnos hasta esa ciudad tritona de la cual usted escapó?

-¿Quiere que le lleve allí? ¿Para qué?

-Dentro de unos días, una importante flota sideral de los Estados Unidos llegará a este planeta transportando un ejército de invasión. Prestaríamos un gran servicio a nuestra flota si, en vísperas de llegar, pudiésemos destruir algunas de las ciudades donde se refugian los buques tritones.

-Los tritones apenas tienen buques en Auson. Esta es una dudad muy pequeña, casi diríamos un destacamento en mitad del mar. La capital de su nación es Sugart, en cuyas grutas guardan una parte importante de sus sumergibles.

-¿Usted sabe dónde queda esa ciudad?

-Tengo una idea aproximada. Cuando nos trajeron a Finan, Sugart es la primera ciudad donde nos alojaron. Estuvimos allí como año y medio y luego nos trasladaron a Auson.

-Brean, sí usted nos conduce hasta Sugart, no habrá suficiente oro en el mundo para pagarle su servicio -dijo Peter gravemente.

-Me sentiré suficientemente pagado si al llegar a su buque me sirven una buena comida.

-¿Una comida... como de qué?

-¿Qué tienen en su despensa?

-Cualquier cosa, incluido algún pavo enlatado.

-¡Dios mío! -gimió el hambriento Brean a punto de desmayarse.

Capítulo VI

Gilbert Brean, finalmente, no llegó a comerse el pavo trufado. Sus nuevos amigos, entre ellos la señorita Hogan, le persuadieron para que renunciara por el momento a su soñado banquete, haciéndole ver que sería peligroso para su desfallecido estómago tomar una comida tan pesada.

No sin sentimiento, Brean se dejó guiar del consejo de sus amigos, resignándose a tomar una comida ligera. Eso sí, insistió en sacar el pavo de su lata y tenerlo delante mientras comía, consolándose con la idea de que podría comerlo más tarde.

Este «más tarde» se prolongó veintidós horas, que fue todo el tiempo que Brean durmió de un tirón después de haber tomado una ducha caliente y ser atendido de sus lastimados pies.

Al levantarse, Brean parecía un hombre completamente nuevo. Tomó otra comida ligera, se afeitó y volvió a la mesa a entendérselas con su pavo. Mientras comía amplió el relato de sus apasionantes aventuras, añadiendo detalles que, en ocasiones, más bien parecían producto de su fantasía. Luego se fue a acostar de nuevo.

Al día siguiente, séptimo de la llegada de la Flota Sideral norteamericana a Finan, Peter Stone llamó a Brean a la cámara de derrota y le sometió a largo interrogatorio.

Brean, que bien vestido y sin su crecida barba de dos semanas, resultaba un hombre joven y agradable, era por fortuna un espíritu observador. En Sugart, el régimen para los prisioneros había sido algo más severo que en Auson, mas así y todo recordaba suficientes detalles para confeccionar un plano de la ciudad.

-De la ciudad sólo me interesa su emplazamiento. ¿Sería usted capaz de llevarnos hasta allí? -preguntó Stone.

Brean había tenido ocasión de ver un par de veces un gran mapa de Finan en donde figuraba el emplazamiento de las ciudades tritonas. Un detalle que había llamado poderosamente su atención era la circunstancia de que todas las ciudades tritonas se hallaban muy cerca del continente.

-¿Por qué cree usted que es así? -interrogó Peter.

-Por el escaso fondo del mar en las proximidades del continente, me figuro. Y porque en el continente, cerca de la costa, existen abruptos acantilados y altas montañas donde los tritones pudieron excavar sus ciudades. La vida de esa gente gira alrededor del mar. Del mar obtienen sus pesquerías y las algas para alimentarse y fabrican diversos artículos.

También tienen en el mar sus minas, de las que extraen muchos minerales. Sin embargo, la mayoría de los minerales los sacan del agua del mar. Las instalaciones para extraer productos del agua del mar, así como sus fundiciones de acero y demás industrias, tienen que estar, en cambio, en tierra firme. Los tritones han realizado en este sentido una obra gigantesca... Claro que dispusieron de siglos y milenios para llegar a tan prodigiosas realizaciones.

Sugart, según Brean aseguró contestando a preguntas concretas de Stone, estaba situada en la costa occidental del continente, al pie de la alta cordillera de montañas que la escuadra norteamericana, bajo el mando del almirante Sanders, sobrevoló siete días atrás. Brean creía que podría señalar el emplazamiento exacto de la ciudad si el buque sideral navegaba a lo largo de aquella costa.

-Muy bien, Brean. Haremos la prueba -contestó Peter-. ¿Qué ruta estima usted más conveniente para llegar a la costa occidental? ¿La del norte? ¿La del sur?

-La del norte, sin duda alguna.

-Esa ruta nos llevará cerca de Auson, ¿no es cierto?

-Sí.

-De acuerdo, zarparemos dentro de una hora.

Brean abandonó la cabina. Peter llamó por teléfono al teniente Owen, al cual mostró el mapa toscamente confeccionado por el inglés.

-Con los datos que poseemos sobre nuestras propias observaciones, ¿podría usted levantar un mapa a escala? -le preguntó Peter.

Owen contesto que lo haría tan bien como pudiera. Apenas había salido Owen cuando la señorita Hogan apareció en la puerta pidiendo permiso para entrar.

-¿Ocurre algo, miss Hogan? -inquirió Peter sin moverse de su sillón.

La joven entró en la cabina. Vestía un pantalón largo bastante ceñido, un suéter azul y llevaba el cabello recogido en la nuca. Por el brillo de sus hermosos ojos oscuros, aun antes de que hablara, Peter la adivinó enfadada.

-Acabo de ver a mister Brean -dijo ella incisivamente.

-¿Sí?

-Quisiera saber qué hay de cierto en lo que asegura mister Brean. ¿De veras se propone atacar con bombas nucleares la ciudad de los tritones?

-Sí. Si logro localizar esa condenada ciudad.

-Que no la encontrará. ¿O todavía no se ha dado usted cuenta que ese Brean es un fatuo y un embustero? La mitad de las cosas que cuenta, probablemente sólo han ocurrido en su imaginación. Usted no creerá que Brean sea capaz de señalar entre una cordillera de montañas de longitud, cuál es aquella bajo la cual se esconde la ciudad de los tritones. Usted no creerá eso.

-La veo a usted muy exaltada, miss Hogan. ¿Cuál es la razón?

-La razón es que, sin más base de juicio que el fantástico relato de un individuo medio loco, usted está dispuesto a poner en peligro el éxito de esta expedición y la seguridad del barco y las personas a usted confiadas, jugándolo todo al azar de una aventura, para llevar a cabo la cual no ha recibido autorización de sus. superiores.

Peter Stone se echó a reír:

-Este es un navío de guerra, miss Hogan. Usted no creerá que para llevar a cabo una misión de nuestra competencia haya que pedir permiso a nadie.

-Yo creo solamente en lo que veo y escucho. Y me consta que en mi presencia, el almirante Sanders le ordenó a usted no dejarse ver «ocurriera lo que ocurriese». En contra de esa orden, usted se dispone a correr los mares en pos de la ilusoria idea de destruir una ciudad que ni siquiera sabe si existe.

Peter Stone arrugó su ceño contrariado.

-¿No cree que está metiéndose en terreno ajeno al suyo, más allá de los límites de su jurisdicción, miss Hogan? Yo soy el comandante del barco. Este asunto no es de su incumbencia.

-Lo es, por cuanto formo parte de un equipo científico que todavía no ha realizado la misión encomendada. Y que le conste, que si como resultado de esta aventura suya nuestra expedición no puede presentar soluciones concretas sobre la habitabilidad de este planeta, usted será el responsable de nuestro fracaso.

-¿Ya qué demonios esperan para llegar a una resolución final? ¿Quieren saber si este planeta es habitable? Pregúntenle a Brean, que lleva dos años viviendo en Finan y no parece haberse resentido por tan larga exposición al aire y las bacterias de este mundo. Yo mismo he respirado el aire del que ustedes se aíslan melindrosamente. ¿Me ha sentado mal, acaso? -protestó Peter gritando.

La muchacha repuso mirándole furiosa y fijamente:

-Debe de haber algo especial en el aire de este planeta, que vuelve locos a cuantos lo respiran. Brean está loco.

-¿Quiere decir que yo lo estoy también? -rugió Peter poniéndose violentamente en pie. La muchacha levantó hasta él sus ojos intimidados. Luego se dirigió hacia la puerta sin contestar.

-¿Qué les ocurre a ustedes? -gritó Peter furioso-. No hace apenas dos días me tachaban de timorato, juzgando excesiva mi prudencia. Su intrepidez, por lo que ahora veo, sólo alcanza a aventurarse en la emoción de la caza y captura de unas estúpidas e inofensivas bacterias.

Agnes Hogan se detuvo en la puerta volviendo la cara.

-Aunque su barco haya sido construido para misiones de guerra, la

misión que le confiaron es puramente científica. Usted no podrá eludir su responsabilidad por cuanto ocurra -dijo solemnemente.

-¡Váyase al cuerno! -fue la respuesta de Peter. Y ella se marchó.

Peter paseó furiosamente arriba y abajo por la cámara de derrota bajo la mirada interrogante del capitán Forbes.

Forbes, finalmente, preguntó:

-¿Por qué nos enfurecemos? Estamos seguros de lo que debemos hacer, ¿no es cierto?

Peter se detuvo mirando al copiloto.

-Por supuesto -dijo. Y volvió a su asiento para empuñar el micrófono.

Medio minuto después, la voz de Peter Stone era difundida por todos los compartimientos del buque por medio de los altavoces.

-«Atención, habla el comandante. Sobre informes de la existencia de una ciudad enemiga, situada en la costa occidental del continente, este buque se dispone a realizar un crucero de combate llevando, si ello es posible y con la ayuda de Dios, nuestras armas nucleares contra la concentración de naves tritones que se supone se haya surta en aguas de esa ciudad. Hasta cumplir esta misión, y en tanto no haya orden en contrario, la tripulación ocupará sus puestos de combate alerta y permanente. Eso es todo».

En el living, los profesores Renne y Arnold miraron interrogantes a la señorita Hogan. Gaugot y Doburg parecían más resignados, casi como si la anunciada misión del *Adventurer* no les importara.

-¿Dijo usted al comandante Stone lo que opinábamos respecto a esta expedición? -preguntó el profesor Arnold.

-Sí. Y ésa es su respuesta -dijo Agnes secamente. Y levantando los hombros salió del salón hacia su camarote.

Arnold y Renne cruzaron una mirada avergonzada.

Aquella misma mañana, desde la cámara de derrota, Peter Stone pudo ver el alto peñasco acantilado de Auson desde una distancia de ocho millas, a través de un objetivo situado en el extremo del periscopio, conectado con su pantalla cinerámica de televisión.

-Eso es Auson -afirmó Brean señalando la borrosa imagen-. Desde ese acantilado cortado a pico nos arrojamos al mar Kelley y yo. Si estuviéramos más cerca podríamos ver el agujero desde el cual saltamos.

-Ya estamos suficiente cerca, mucho más de lo que sería prudente -repuso Peter con sequedad-. Jim, vire a estribor. Abajo el periscopio.

El *Adventurer* se sumergió de nuevo cuanto el fondo permitía en aquel paraje. Hasta una hora más tarde, en que el buque volvió a navegar a gran profundidad, Peter no se sintió tranquilo. Por fortuna, los aparatos detectores del enemigo no les habían descubierto.

Respecto al sistema defensivo de las ciudades tritonas, Brean creía que

era muy deficiente o ni siquiera existía. En realidad, hasta que Finan llegó al reino del Sol, los tritones carecían de razones para dotar a sus ciudades costeras de cañones y sistema de detección submarina o aérea. Antes, los habitantes de Finan no habían tenido enemigos de quienes guardarse.

-Es posible que ahora, ante la posibilidad de un ataque de los terrestres, los tritones establezcan una defensa a base de detectores contra submarinos y aeronaves -dijo Brean. Y añadió-: Claro que, después de todo, sus ciudades están seguras mientras nosotros no sepamos dónde se esconden.

-¿Pero ahora lo sabemos, no es cierto? -dijo Peter clavando su inquisitiva mirada en Brean.

El inglés, pese a todo, no se desconcertó.

-Sí, sabemos al menos dónde está una de ellas. Y eso ya es malo para los tritones, pues casi la mitad de su población total habita en un par de ciudades grandes.

-Lo cual quiere decir que si destruimos a Sugart habremos aniquilado a un cuarto de la población total de los tritones. ¿No es así?

-¡Aja!

Aquel británico era un tipo desconcertante, tan seguro de sí mismo, tan imperturbable, tranquilo, como si nada de cuanto ocurría a su alrededor fuera con él ni pudiera afectarle.

Peter lo despidió irritado.

En los cuatro días siguientes de navegación, Peter procuró, en cuanto pudo, mantenerse apartado de la costa. Buscaba las grandes profundidades. Daba grandes rodeos para evitar los bajos fondos entre los islotes y la tierra firme del continente.

Lo que estaban haciendo era muy peligroso. Las aguas por las que navegaban eran muy frecuentadas por los sumergibles tritones, que tenían allí sus pesquerías y sus campos de algas. Era imposible no tropezarse con ninguno, y el temido encuentro ocurrió al fin. Esto sucedió al amanecer del cuarto día de navegación, cuando el *Adventurer* estaba doblando el promontorio que señalaba el extremo occidental del continente.

El sonar del *Adventurer* denunció la presencia de un buque submarino que, a doce millas de distancia, acababa de surgir doblando el cabo y venía derecho a cruzarse en la ruta del crucero.

Peter se quedó dudando y en la breve espera Forbes preguntó:

-¿Qué hacemos?

-Seguir adelante -contestó Peter secamente.

-Todavía está lejos. Tenemos tiempo para virar y huir, o bien para parar y dejarnos caer al fondo.

-Ese buque probablemente nos ha detectado como nosotros a él. Los tritones recelan que haya buques americanos supervivientes de la batalla merodeando por ahí. Si damos la menor muestra de vacilación se

apresurarán a radiar nuestra situación, se elevarán y nos atacarán con cargas de profundidad nucleares.

-De todas formas no podremos engañarles cuando nos pidan las señales de identificación electrónicas.

-Tan pronto nos pidan la identificación le largamos un par de torpedos... y será lo que Dios quiera.

Peter llamó a continuación a la cámara de torpedos, ordenando al teniente Tarbell tener preparados los artefactos. Luego siguió un tenso compás de espera mientras los dos buques acortaban rápidamente la distancia que les separaba.

-¿Hammond?

-Sí, señor.

-Esté atento a la señal electrónica de identificación del enemigo.

-A la orden, señor.

-¡Crestón! -¿Diga, señor?

-Quiero oír las pulsaciones del sonar.

-Bien, señor.

Casi al instante se escuchó un suave y armonioso sonido, como un tintineo que brotaba de un pequeño altavoz en el techo de la cabina. El sonar de a bordo emitía una pulsación: «¡Tin!».

El eco llegaba al receptor después de haber rebotado en el casco del buque desconocido. Este eco era más rápido cuanto más corta era la distancia. La voz de Hammond brotó del tornavoz:

-¡Comandante, la señal!

-¿Es nuestra?

-¡No, señor!

-¡Tarbell!

-¡A la orden, señor!

-¡Lance esos torpedos ahora mismo!

-Sí, señor -hubo una breve pausa en la que se sintió la sorda explosión del aire comprimido al lanzar fuera los torpedos-. Los torpedos han salido, señor.

-Crestón, conecte el audífono.

El tintineo del sonar dejó de oírse, siendo reemplazado por un rumor silbante que parecía alejarse a gran velocidad. Eran las hélices de los torpedos eléctricos corriendo como centellas en busca del buque enemigo. Estos torpedos llevaban incorporado un cerebro electrónico que guiaba automáticamente la máquina hacia el blanco. Como cabeza de combate llevaba una pequeña carga nuclear, sobradamente potente para partir en dos al buque más robusto.

De pronto se escuchó en el audífono a modo de un lejano estampido.

-¡Comandante, el enemigo ha lanzado un torpedo! -avisó la voz

crispada del sargento Crestón.

Peter también lo sabía. Vio con la imaginación el temible artefacto hendiendo el mar, lanzado a tremenda velocidad con su mortífera carga, en busca de su propio buque *y* sintió que la sangre se helaba en sus venas.

Una explosión nuclear bajo el mar era siempre algo espantoso para el barco que se encontrara cerca. Peter prefería, si es que podía elegir, que el torpedo estallase cuando él estuviera fuera del agua. Tiró hacia sí de la palanca de gobierno y empujó el reóstato a fondo. El resultado de esta maniobra se dejó sentir enseguida.

El *Adventurer* levantó la proa e, impulsado por sus hélices a la vez que su sistema antigravitatorio actuaba con energía, salió disparado como un proyectil hacia la superficie.

Pareció que transcurría un siglo en aquellos breves minutos que el buque tardó en emerger a la superficie y salir lanzado al aire. Y en esta angustiosa espera, el rumor del torpedo tritón se agigantaba hasta parecer un tren expreso...

¡El *Adventurer* saltó como un pez volador fuera del agua!

En la pantalla de televisión hicieron irrupción las imágenes, todavía enturbiadas por el agua que se escurría por los cristales de los objetivos de las cámaras. En este instante los torpedos del *Adventurer* alcanzaban al sumergible tritón.

Una enorme columna de agua se levantó a gran altura, impulsada por dos formidables explosiones. Pero casi al mismo tiempo, un volcán estallaba bajo el *Adventurer,* y el buque era lanzado con fuerza brutal al aire, girando en medio de una columna de agua mientras los tripulantes eran arrancados de sus asientos, saltaban en añicos los cristales de las esferas del cuadro de instrumentos y eran sacados de armarios y anaquelerías diversidad de objetos que rodaron por todas partes con estrépito infernal.

El *Adventurer,* después de haber sido levantado en el aire como una pluma, cayó de costado al mar y se hundió rápidamente mientras un potente chorro de agua penetraba con incontenible fuerza por una grieta de uno de los muros del salón comedor.

Las luces parpadearon, se apagaron y luego se volvieron a encender, aunque con luz sensiblemente más débil.

Mientras se hundía en el seno del mar, el buque recobró por sí solo su estabilidad. Multitud de objetos rodaron por el piso que volvía a la horizontabilidad y Peter Stone se agarró al brazo de su sillón poniéndose en pie sobre sus inseguras piernas.

En un rincón, Jim Forbes yacía sin sentido entre los cristales rotos de la destrozada pantalla de televisión. Su escafandra presentaba una gran abolladura en la parte de atrás. El tablero de instrumentos aparecía medio

arrancado y fuera de su sitio, el sillón de Forbes había volcado, sacado de cuajo de sus tornillos y en toda la cabina reinaba un caótico desorden.

Lo primero que hizo Peter fue acercarse a Forbes y arrancarle los tubos de la escafandra, a fin de que pudiese respirar libremente. Luego cruzó la cabina apartando objetos a puntapiés y abrió la puerta del mamparo.

El agua corría por el pasillo por lo que pudo ver. Robert Owen, que estaba franco de servicio y durmiendo en su camarote cuando ocurrió la catástrofe, asomó al corredor en pijama, descalzo y desmelenado.

-¡Dios mío! -exclamó al ver el agua que corría por el piso del corredor-. ¿Qué ha ocurrido? ¿Hemos chocado contra una montaña?

-Vaya a la cámara y atienda a Forbes. No sé si está muerto o solamente herido -repuso Peter secamente.

Y continuó hasta la puerta estanca número dos.

Cuando llegaba al compartimiento estanco, el *Adventurer* tocaba fondo. Un fuerte golpe resonó en el casco, el piso se movió y Peter tuvo que asirse al manubrio de la puerta estanca para conservar el equilibrio.

Escorado a estribor unos 30 grados, el buque quedó finalmente inmóvil recostado en el fondo del mar. Peter Stone abrió un pequeño grifo contiguo a la puerta. Como no saliera agua por el grifo, levantó las palancas y abrió.

La escena que vio no era muy alentadora. Miss Hogan, el profesor Renne y el profesor Doburg venían chapoteando en el agua que anegaba el piso del comedor. Entre Renne y Doburg traían desvanecido a Gaugot. Venía detrás Arnold con la escafandra de Gaugot.

Los sargentos Crestón y Hammond vinieron a reunirse con Peter junto a la puerta estanca. Peter cruzó la puerta, echando al pasar una mirada a la cocina, donde el cocinero Maikes se incorporaba entre un montón de loza destrozada tocándose la ensangrentada cabeza. En el comedor. Peter vio la grieta del casco, de unas 20 pulgadas de longitud por la que entraba a presión un ruidoso chorro de agua salada. El agua estaba subiendo rápidamente de nivel en el comedor y rebasaba ya los bordes de las puertas estancas, todas abiertas.

Varios hombres de la tripulación acudieron de diversas partes, así como Brean y el oficial de máquinas, capitán Lorant. Todas estas personas hablaban a la vez y excitadamente, pero Peter sólo prestó atención al capitán Lorant.

-¿Cuál es el estado de las máquinas? ¿Funciona el reactor?

-Sí.

-¿Qué ocurre entonces?

-Debe haber una avería en el circuito antigravitatorio.

El sargento Oboler llegó jadeando y anunció:

-Comandante, hay una vía de agua en la parte inferior del casco, entre los mamparos cuatro y cinco. El nivel está subiendo muy aprisa en el túnel

dé conducciones eléctricas.

Peter estudió rápidamente la situación, representándose en la imaginación el plano del buque.

-Habrá que cerrar los compartimientos estancos dos, tres, cuatro y cinco. El comedor y el living quedarán anegados y los camarotes entre el compartimiento tres y cuatro aislados del resto. También quedaremos separados los que estemos en la cámara de derrota de la sala de máquinas. Sargento, vaya a comprobar si la línea telefónica está en buen estado entre la proa y la popa. Lorant, ¿cree que podrá arreglar esa avería?

-Seguramente, si la encuentro antes que el agua anegue todo el piso de abajo.

-Pues vaya volando. ¡Espere! Necesitaré un par de mecánicos y electricistas para reparar las averías en la cámara de derrota.

-¡Se los enviaré! -gritó el ingeniero. Y echó a correr. Peter se volvió hacia el grupo científico.

-¿Qué le ocurre al profesor Gaugot? ¿Está herido?

-Sufrió una fuerte conmoción -dijo miss Hogan extrañamente serena.

-Vayan todos hacia la proa. Vamos a clausurar estos compartimientos enseguida. Ustedes -se dirigió a los tripulantes que esperaban llenos de nerviosidad-. Recojan cuantas botellas de oxígeno encuentren y llévenlas a las cabinas del compartimiento dos. Y no olviden de conservar cada uno su propio equipo, listo para ser utilizado en el caso que tengamos que abandonar el buque.

Los hombres corrieron en distintas direcciones, dejando solo a Stone ante la vía de agua.

-¡Qué mala suerte! -murmuró Peter entre dientes. Y sacudiendo la cabeza siguió a los científicos hacia el compartimiento de proa.

Capítulo VII

El casco arañó en el fondo de roca, el buque se movió bruscamente y recobró su perfecta horizontalidad.

Un suspiro de alivio se escapó de los pechos de los hombres que esperaban con la respiración en suspenso. Al sentirse el movimiento ascensional del buque, el teniente Owen lanzó un hurra:

-¡Hurra por el capitán Lorent!

Peter Stone sonrió a Forbes, quien con un vendaje en la cabeza se había resistido a salir de la cabina hasta ver en qué quedaba todo aquello.

-¿Ve usted? -dijo Peter-. Por algo he sostenido siempre que el mejor buque es aquél que lleva a bordo los más competentes tripulantes. Si después de esto funcionan los motores, podremos decir que volvemos a tener barco.

El profesor Arnold estaba detrás de Stone. Arnold sugirió:

-¿Usted no pretenderá proseguir la aventura emprendida con un barco que en su mitad está anegado, verdad? Ya ve a lo que nos ha conducido su absurda idea de atacar a los tritones. Ciertamente, al hablar de la competencia de la tripulación de este aparato, no se referiría también a la suya propia. Usted desobedeció las órdenes...

Stone se volvió en redondo y la mirada que lanzó sobre Arnold hizo enmudecer a éste.

-Señor Arnold, este buque proseguirá su acción de combate, tanto si usted desaprueba la idea como si la apoya. Por la naturaleza de nuestras averías, este aparato no podrá volver al espacio ni regresar a la Tierra por sus propios medios. Sin embargo, aunque inutilizado como astronave, sigue siendo un buen barco sumergible. Vamos a emplear su capacidad combativa de la mejor forma que nos es dado hacerlo, y puesto que finalmente tendremos que abandonarlo, aprovecharemos sus torpedos atómicos empleándolos contra el enemigo. ¿Se ha enterado bien?

-Le aseguro que denunciaré su actitud así como...

-Si me ha entendido bien, Arnold, cierre la boca. De lo contrario me veré obligado a cerrársela de un puñetazo.

El hombre retrocedió con cara de espanto. Miró aterrado a Stone, dio media vuelta y salió de la cabina.

Los ojos de Peter se encontraron entonces por casualidad con los de Agnes Hogan, mas, en contra de lo que esperaba, los ojos de la joven no le recriminaban esta vez.

-Ahora por favor les ruego que salgan de la cámara y vayan a los camarotes. Necesitamos espacio para trabajar -dijo Peter a los científicos.

Al quedar solos, los hombres de la tripulación continuaron en su trabajo para poner orden en el tablero de instrumentos. Los motores se negaron a andar por el momento, pero la avería fue encontrada poco después debajo del piso de la cabina y fue prontamente reparada. Peter quería alejarse de aquellos parajes cuanto antes, y así cuando los motores funcionaron de nuevo guió el buque a ciegas por aguas profundas hacia alta mar.

Trabajando sin descanso durante 16 horas seguidas, los mecánicos consiguieron devolver al buque su capacidad de maniobra. Un receptor de televisión sustituyó a la gran pantalla panorámica destrozada. La mayoría de las agujas volvieron a marcar, aunque había muchas desequilibradas y casi todas perdieron sus cristales.

Por el momento el buque andaba y se dejaba gobernar, que era lo más importante. Utilizando el periscopio y la pantalla de televisión podían ver la lejana línea de la costa. Peter llamó a Brean.

-Usted tomará asiento ante este receptor, Brean. Su único trabajo a partir de ahora consistirá en observar la costa. ¿Sigue estando seguro de poder identificar las montañas bajo las cuales está Sugart?

-¡Caramba, parece como si lo pusiera en duda!

Peter hacía algo más que ponerlo en duda. Desconfiaba del inglés. Bien mirado, habían corrido un riesgo excesivo y lo estaban corriendo todavía fiando de la palabra de aquel imaginativo individuo.

La vida a bordo había quedado ahora constreñida a un espacio más reducido a proa del buque. A popa, otro grupo de hombres permanecían aislados tras un muro de agua. Les unía solamente el delgado cable del teléfono.

Aquel día los tripulantes comieron de pie en el corredor, de cuclillas a lo largo de las paredes de la cámara de derrota, o bien en los camarotes los que disfrutaban de ellos, que eran la señorita Hogan y el cuadro de ilustres e importunos sabios. Peter durmió en su sillón a ratos.

Al llegar la noche, Peter detuvo el buque inmovilizándolo a 100 metros de profundidad, pues no quería correr el riesgo de pasar de largo ante Sugart en la oscuridad... si realmente existía este riesgo

Al amanecer del día siguiente se pusieron de nuevo en marcha.

Gilbert Brean, con los ojos enrojecidos, se puso de nuevo ante el receptor de televisión. Ante su vista desfilaba lentamente la línea quebrada de la cordillera de la costa. No era posible, desde luego, que fuera capaz de reconocer una determinada montaña entre tantas. Al fin y al cabo, Brean no había tenido muchas oportunidades de contemplar a la ciudad de los tritones desde el mar.

Esto acababa de ocurrírsele a Peter, y estaba a punto de dirigirse a

Brean para interrogarle, cuando el británico lanzó una exclamación y señaló al televisor.

-¡Paren las máquinas! ¡Ahí está Sugart!

Peter se precipitó con los demás miembros de su tripulación hacia el televisor. En éste pudieron ver el macizo montañoso de toda la mañana y la tarde anterior. Nada distinguía aquellas montañas de las que vieron en su viaje a lo largo de la costa. Nada... excepto unas columnas de humo que se elevaban de las cumbres de una docena de montañas hacia el diáfano cielo azul.

-¡Volcanes! -exclamó Forbes avanzando su vendada cabeza por encima del hombro de Brean.

-¿Son volcanes, señor Brean? -preguntó Peter-. ¿Era por estas señales que usted confiaba en dar con la oculta ciudad?

-No son volcanes. Esas humaredas las producen las fundiciones de acero subterráneas de la ciudad. Los tritones horadaron chimeneas en las montañas. Parecen volcanes, pero no lo son[8].

-¡Demonio! -exclamó Peter lleno de admiración-. ¡Y yo que empezaba a creer!... En fin, no importa lo que creyera. Lo que me sorprende es que no viéramos esas humaredas cuando días atrás volamos sobre la cordillera.

-No tiene nada de extraño. Los tritones sabían que ustedes iban a llegar. Todo lo que tuvieron que hacer es apagar sus hornos y esforzarse un poco para que no salieran otros humos de la ciudad.

-¡Elemental! -exclamó Owen riendo, pegando una fuerte palmada en la espalda de Brean-. ¡Elemental!

Peter detuvo los motores. Las montañas distaban por lo menos doce millas y no era prudente acercarse más. Sería absurdo pretender pillar a los tritones descuidados. Por otra parte, lanzar los torpedos desde esta distancia y alejarse, era exponerse a fracasar en su ataque. Peter hubiera deseado algo más seguro y efectivo.

Recogió él periscopio y sumergió el buque a un centenar de metros.

-Veamos, Brean -dijo encarándose con el inglés-. Vuelva a explicarme la disposición de la ciudad. Charle por los codos contándonos sus experiencias en Sugart. Tal vez, entre todo lo que diga surja la idea que nos ilumine en esta contingencia.

-Bueno, pues mi primera experiencia fue el día que llegamos a la ciudad. Nos habían reunido en una especie de cubierta o salón y había allí un aparato de televisión. Por la televisión pudimos ver esas montañas empenachadas de humo tal como acabamos de verlas ahora. También nosotros creímos que se trataba de volcanes. Pero al acercarse la aeronave vimos que no eran tales... Bueno, quiero decir que no podían serlo, ya que no cabía en la imaginación de nadie que los tritones hubiesen abierto aquel túnel en el cono de la montaña para llegar al corazón de un volcán.

-¿Un túnel, Brean?

-Me refiero al túnel por donde entramos.

-¡Oh, espere un momento! Siempre entendí que llegaron ustedes a Sugart por un túnel submarino.

-No. Probablemente hay más de un túnel submarino por donde las ictionaves tritonas pueden llegar hasta la ciudad, pues vimos un gran lago en el fondo de una caverna y en el lago algunas naves que estaban descargando. El túnel a que me refiero conducía directamente a esa gruta y estaba excavado en la roca, sobre una cornisa encima del acantilado. La aeronave entró por ése túnel hasta un centenar de metros o más de profundidad, donde vimos un enorme pozo en cuyo fondo estaba aquel lago. Alrededor del abismo había como una ancha carretera. Varios pasadizos más estrechos arrancaban de allí en diversas direcciones penetrando profundamente en el corazón de la montaña. Bueno, pues como iba diciéndoles...

-Creo que ya ha dicho bastante, Brean -dijo Stone interrumpiéndole-. La idea ha surgido más pronto de lo que yo esperaba. Y consiste en esto. Si hay una gruta o túnel en la ladera de la montaña, lo suficiente ancho para dejar paso a una ictionave... el túnel debería bastar para que por ella entrase una bomba volante cargada de un explosivo nuclear. La deflagración de una bomba atómica en el corazón de la montaña sería catastrófico para la ciudad, ¿no lo cree usted?

-Comandante, si usted es capaz de meter una bomba atómica por ese túnel, yo le respondo de que toda la montaña va a volar a la estratosfera en añicos[9] -dijo Brean seriamente.

-Tenemos la bomba -repuso Peter volviéndose hacia Forbes y el teniente Owen, que le miraban absortos-. Y podemos dirigirla desde aquí por televisión. Hacer que entre por el túnel es cuestión de puntería... y de suerte. Simultáneamente dispararíamos nuestros torpedos atómicos para que al explotar sacudiesen la montaña de tal modo que originasen derrumbamientos en el interior de la ciudad.

Entusiasmado con su propia idea, Peter Stone puso manos a la obra, secundado por toda la tripulación.

La bomba voladora, creada para bombardear objetivos lejanos fuera de la vista de la plataforma lanzadora, era un largo artefacto de doce metros provista de cortas alas y timones que se manejaban por control remoto por un mando similar al de los aviones de chorro. El *Adventurer* llevaba esta mortífera máquina alojada en un gran hueco debajo del casco y la única dificultad consistía en que debía dispararse desde el aire, para lo cual el buque sumergible tenía que salir a la superficie hasta unos cuantos metros de altura por lo menos.

-Está bien -dijo Peter-. Lanzaremos primero los torpedos que son más

lentos que la bomba. Luego nos elevaremos, lanzaremos la bomba y la dirigiremos al blanco. Tanto si la bomba acierta como no, daremos media vuelta y encenderemos los motores cohete poniendo la mayor distancia posible entre nosotros y los aparatos tritones que probablemente saldrán a perseguirnos.

-¡Con tal que las compuertas de abajo no se hayan atorado! -dijo Forbes pesimista.

Probaron los mandos. Las compuertas se abrieron, o al menos así lo indicó la luz roja que se encendió en el tablero de instrumentos.

-Magnífico -dijo Peter-. El sol da ahora de lleno sobre la montaña, lo cual nos permitirá distinguir a distancia la sombra de la entrada de la gruta. Vamos a preparar los torpedos.

* * *

Una leve sacudida estremeció al *Adventurer* cuando los cuatro torpedos de carga nuclear abandonaron simultáneamente los cuatro tubos de lanzamiento de proa.

La voz, pausada y un poco crispada del teniente Tarbell, anunció por el tornavoz:

-Los torpedos han salido, señor.

Un fantástico silencio reinaba en la cámara de derrota. En su sillón, Peter Stone tenía entre las piernas un pequeño aparato en forma de caja negra, del cual sobresalía una corta barra de mando. La caja era un emisor de radio conectado a la antena del buque.

Junto al comandante, los labios blancos y apretados, estaba el capitán Forbes ante los mandos del buque.

Peter, que había tomado sobre sí la responsabilidad de guiar la bomba, como antiguo piloto de avión a reacción que era, había echado fuera de la cama a todo el personal. No obstante, la puerta del mamparo quedaba abierta y en ella se apelotonaban, ansiosos y mudos, varios tripulantes junto con el teniente Owen, Gilbert Brean, la señorita Hogan y el profesor Doburg.

-¿Tiempo? -preguntó Peter con voz ligeramente ronca.

-Quince minutos -repuso la voz de Tarbell. Peter miró el gran reloj sobre el tablero de instrumentos. Forbes también seguía absorto la marcha del segundero.

-Vamos arriba ahora, Jim. Sin prisas, con tranquilidad...

Jim Forbes empujó el reóstato y el buque empezó a subir con suavidad. El periscopio salió del agua. En la pantalla de televisión volvieron a verse las montañas con sus cimeras de humos. Mientras el buque emergía, Forbes luchó con los dientes apretados para enfilar bien la proa en dirección a la montaña, pues cuanto mejor arrumbada saliera la bomba voladora, tantas

menos correcciones tendría que hacer el piloto en los últimos momentos.

El buque asomó su plateado lomo a flor de agua, siguió ascendiendo y abandonó el mar remontándose verticalmente en el aire, llevando caídas hacia abajo las grandes portas entre las que colgaba la bomba voladora.

Ahora, Peter aferró con más firmeza la caja negra que sujetaba entre sus rodillas. Se había quitado la escafandra y también su traje de inmersión para estar más libre de movimientos, mas pese a vestir solamente un pantalón azul y una camisa, sudaba copiosamente en la ansiedad del momento.

El altímetro empezó a señalar metros y Forbes los fue leyendo en voz alta:

-Veinte... treinta... cuarenta... Cincuenta...

Los torpedos nucleares navegaban velozmente bajo el agua, ciegos a estrellarse contra el acantilado que les detendría en su marcha. Y la bomba todavía en el vientre del *Adventurer,* ni siquiera había salido.

-Ochenta... noventa... cien...

El pulgar de Peter oprimió un botón en el ángulo de la negra caja.

La bomba voladora se soltó de sus flejes de acero al mismo tiempo que de su tobera salía un rugiente chorro de llamas. Al caer en el espacio, la bomba adquirió impulso y salió lanzada hacia adelante, ya volando por sus propios medios.

Ahora, en la pantalla, Peter veía a través del objetivo situado a bordo de la bomba voladora.

Con vertiginosa rapidez vio acercarse las montañas, aumentando considerablemente de altura. Las imágenes se aclararon, se estiraron en todas direcciones... ¡allí estaba el acantilado!

En la pantalla, Peter veía un retículo. La bomba iba ligeramente baja. Peter tiró del mando y la imagen bajó, lo cual quería decir que la bomba había subido.

De pronto vio con toda claridad la gran sombra oscura de la gruta. Estaba un poco a la izquierda del centro del retículo. Y era muy importante que la bomba entrase recta en el túnel, sin tocar las paredes que provocarían su prematura explosión.

Un hábil movimiento de la mano de Peter llevó la gruta al centro exacto del retículo. Lo difícil ahora era no mover la mano... sostener la máquina en aquel rumbo...

Por fortuna todo estaba ocurriendo en décimas de segundos. La gruta vino hacia la cámara como impulsada por alguna fuerza misteriosa... se agrandó la boca del túnel... ¡oscuridad!

Peter tiró la caja al piso y conectó de nuevo la pantalla de televisión al periscopio del buque. Al mismo tiempo, Forbes apretaba un botón y hacía girar la rueda del timón. En la pantalla apareció de nuevo la cordillera. Y

de pronto...

Un mazo de llamas despedazó la montaña, que desapareció en una bola de fuego mientras un cráter de rocas salía lanzado a enorme altura hacia el cielo. El *Adventurer* viró bruscamente en este instante al encenderse sus motores cohete y Peter tuvo que mover el mando del periscopio para enfocar de nuevo a las montañas, que ahora quedaban a popa del buque.

Apenas la cámara había enfocado de nuevo las montañas cuando estallaron los torpedos. Un gigantesco telón de agua se levantó entre el mar y el cielo ocultando completamente las montañas.

-¡Blanco! -chilló Owen agudamente. Y se precipitó en la cámara corriendo a abrazar por detrás al exhausto Stone.

Toda la tripulación allí presente invadió la cabina lanzando hurras de alegría. El *Adventurer* fue sacudido en este momento por una tremenda corriente de aire. Los hombres fueron lanzados al suelo, chocaron entre sí y sufrieron diversas magulladuras.

Luego, el *Adventurer* volvió a su rápido y tranquilo vuelo.

Cinco días más tarde, un grupo de náufragos se encontraba al pie de un acantilada, frente a la entrada de una pequeña gruta en la cual habían amontonado cajas de provisiones, armas y equipo científico. Cuatro o cinco de los hombres estaban pescando encaramados a las rocas. Unos dormitaban perezosamente a la entrada de la gruta.

Sentada sobre una caja, teniendo por mesa un cajón mayor, Agnes Hogan examinaba una muestra de tierra al microscopio.

El comandante Stone se le acercó por detrás.

-¿Todavía a vueltas con esas dichosas bacterias?

La muchacha levantó el rostro y sonrió.

-La Ciencia es terminante en algunas de sus conclusiones. Mientras no se demuestre que las bacterias de este planeta no son nocivas para el hombre de la Tierra, hemos de seguir investigando sobre ellas como si realmente fuesen perniciosas para nuestra salud.

-Si hace eso como entretenimiento me parece bien. Como medida, no es muy práctica. La invasión está en marcha. Dentro de poco veremos aquí a nuestra Armada Sideral desembarcando un numeroso ejército. Y dentro de dos meses, a más tardar, esa flota volverá con los primeros colonizadores norteamericanos dispuestos a asentar aquí su nueva patria. Si las circunstancias que nos obligan a inmigrar a este planeta no nos permiten otra opción, ¿de qué sirve saber si las bacterias de este mundo son buenas o malas? Sean como sean, tendremos que aceptarlas como aceptamos el peligro de los tritones y todos los demás que puedan surgir después.

-Así es, en efecto -dijo miss Hogan pensativamente. De pronto se echó a reír, dio una manotada al microscopio y lo tiró al suelo, poniéndose en pie y diciendo-: Me paso a su bando, comandante. Creo que tiene usted razón.

-¡Eh, miren eso! -gritó de pronto una voz.

Sobre la roca donde había estado pescando, Brean señalaba con el brazo extendido al cielo.

De la inmensidad azul, como una lluvia de estrellas muy brillantes, una nutrida fuerza aérea descendía verticalmente hacia la playa.

-¡Son nuestros! ¡Nuestra flota de invasión! -gritó Peter lleno de júbilo.

-¡Son nuestros! -gritó también Agnes Hogan palmeteando de alegría.

Los dos se miraron de pronto y se abrazaron. Pero además de abrazar a la muchacha, Peter la besó.

Agnes se puso repentinamente seria.

-No habrá hecho eso solamente como manifestación de alegría.

-No -confesó Stone enrojeciendo-. Probablemente lo he hecho porque estoy enamorado de usted.

-¿No lo sabe?

-Sí, lo sé. La quiero. No tuve oportunidad de decírselo mientras estábamos en el barco, pero...

-Yo creo más bien que allá estaba demasiado ocupado, incluso para mirarme y preguntarse si le gustaba.

-¡Dios mío, me gusta usted! Sí, estaba muy ocupado... pero ya no lo estoy. Y la quiero, Agnes. La amo.

-Usted lo descubre ahora. Yo, en cambio, ya me había enamorado de usted después de la primera semana de vuelo.

-¡Agnes! -exclamó Peter roncamente. Y la estrechó entre sus brazos.

Mientras tanto, la gran flota sideral descendía del cielo. Los grandes cruceros plateados iban a posarse en la angosta faja de tierra entre el acantilado y el mar, y al abrir sus portas echaban sobre la playa verdaderas mangas de hombres... Hombres armados, el casco de acero hundido hasta los ojos, los fusiles en las manos...

Eran soldados. Soldados de los Estados Unidos, cabeza de puente de una invasión en que, por primera vez en la historia moderna del mundo, no sólo los soldados participaban, sino que también participaban en ella los recursos íntegros de todo un país, con sus habitantes grandes y chicos, su industria, sus ganados... Un éxodo total de planeta a planeta, una nación de doscientos millones de almas lanzada a la gran aventura de la conquista de un mundo por otro mundo y otra vida mejor...

F I N

Como un rebrote del antiguo pasado, en la Era de las cosmonaves impulsadas por energía nuclear y los viajes interplanetarios, la piratería resurge en los inmensos espacios siderales, teniendo por centro y puerto de refugio, un planetoide al que llaman La Isla de la Tortuga. En un ambiente fantástico y pintoresco, hábilmente descrito por su autor, éste nos sitúa a bordo de un poderoso crucero sideral, cuyos oficiales, habiéndose amotinado contra su comandante, deciden sentar plaza de piratas...

PIRATERIA SIDERAL

de VAN S. SMITH

constituye una perla más de la exquisita literatura engarzada por este autor en la sucesión de éxitos merecidamente obtenidos.
Traiciones... asaltos de buques siderales... cosmonaves cargadas de oro... soledad en el espacio... Todo esto en

PIRATERIA SIDERAL

la singular novela de

VAN S. SMITH

que se publicará en el próximo número de la interesante Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA Precio: 7 pesetas

Distr. en Argentina por FOLIA, Maipú, 524, Bs. As.

Notas

[←1]

Es decir, los terrestres han copiado la tecnología de los tritones. Para el lector que haya ido siguiéndonos a lo largo de toda la Saga de los Aznar, esto no le sonará desconocido. En su serie más famosa, la Humanidad realiza pocos descubrimientos propios; normalmente accede a la tecnología gracias al contacto con otras civilizaciones. Un buen ejemplo es la luz sólida, cuyo secreto es robado a los sadritas. Preguntado por esta cuestión, Pascual Enguídanos respondió que, en realidad, la mayoría de descubrimientos e inventos se debían más a la casualidad que a un largo y paciente esfuerzo, y que así lo había querido reflejar él en sus novelas.

[←2]

Al leer el término «ictionave» nos viene a la memoria enseguida una novela de la Saga, *Los últimos de Atolón* (tomo XXII), donde también aparecían astronaves diseñadas para misiones submarinas con este mismo nombre.

[←3]

El lector debe recordar que Enguídanos utiliza frecuentemente la palabra «galaxia» como sinónimo de «sistema estelar». No he logrado averiguar a qué podía deberse esa confusión.

[←4]

Toda la peripecia del planeta Dimón recuerda a la de Ragol, narrada en *Cerebros electrónicos* (Tomo I). En el comentario hablaremos sobre el tema.

[←5]

Si han leído la *Saga de los Aznar,* tengan muy presente a partir de ahora Los *últimos de Atolón,* en especial los capítulos que siguen a la evacuación de la ciudad de Electra.

[←6]

En la Saga, también los thorbod secuestraban (hoy diríamos «abducían») a seres humanos en lugares apartados de la Tierra. Cuando, tras el motín Balmer (*Motín en Valera,* Tomo VIII), los Aznares y sus colaboradores son desembarcados en el planeta Exilo, éstos descubren una cultura tribal matriarcal descendiente de aquellos *abandonados.* Desde el primera avistamiento OVNI en 1947, el tema de las personas secuestradas por extra terrestres ha sido una constante de esta subcultura, y la Ciencia Ficción popular no ha dejado de usarlo.

[←7]

Esta somera descripción de la cultura de los tritones podría aplicarse también a los ghuros, los seres anfibios que los Aznares encuentran en Atolón tras su regreso en *Un millón de años* (Tomo XIX).

[←8]

En el planeta Exilo (ver nota 6), los thorbod camuflan de igual forma sus ciudades subterráneas.

[←9]

... junto con todos los prisioneros terrestres que, como Gilbert Brean, pudiera haber dentro. Ya he comentado en alguna ocasión que, en el universo literario de Enguídanos, la vida humana vale menos que nada.